

# Caballo de Fuego

Revista peruana de literatura y arte

Perú S/. 2.00  
Huancayo S/. 1.00

Guano, abril, 2002

II Época

Nº 18

## El fin del infinito

*Sandro Bossio Suárez*

**Y**sonó la excoisa voz para cambiar, allá abajo, el rumbo de los vientos y sacar las aguas de los mares y oscurecer el mundo en nubes de arenisca y gases interestelares. Y después hubo mandato para mí. Con potencia ciclónica, como cuando tuve que volcar los torrentes del cielo para que el diluvio se tragara a las entropías continentales, se me ordenaba bajar y destruir todas las ciudades de la abominación.

Baje, pues, envuelto en luminosas vestiduras, con espada de fuego en la mano y rodela y talud y, aun sabiendo desde siempre las agonías que soportaría a causa de ese mandato, tomé todas las tierras, las montañas y los llanos, todas las aldeas, los desiertos, los valles, y cometí infinita violencia sobre ellos. Entré en las ciudades y, mientras los gentiles corrían despavoridos, demandé más devastación y terremotos, y más vientos huracanados para derribar sus palacios y sus templos. Entré, asimismo, a los castillos donde moraban sus gobernantes, y tomé a todos los reyes y los heri y acabé en nombre de la creación. Luego cambie a sangre las aguas para que no quedara rastro de vida por los contornos.

Entonces ingresé en la última ciudad y también hice llover azufre sobre ella. Unas horas antes, todas sus calles estaban vacías, como si el calor hubiera evaporado las especies. Era que sus habitantes agravaban sus pecados en extremo, desbordándose en esplendores de liras y vinos, cantando, fornicando, rindiendo culto a sus espurios dioses de piedra. Pero ahora que el fin había empezado, y todo temblaba con tumulto y sonidos de cometa, hombres y mujeres clamaban piedad, huidos o hincados en el polvo, y a pesar de todo yo, el verdugo, con el poder que me fue concedido al principio de la eternidad, iba con mi espada flamígera tocando todo lo que se movía a mi alrededor. Los gritos mendicaban, y rodaban por el suelo



ciborios y cántaros de licor. Se desencadenaban nuevos vendavales, nuevas y ardorosas tempestades, y se abrían voraces rajaduras en el suelo.

Aconteció luego que entré en la última fortaleza que quedaba en pie, dispuesto también a destruirla, pero al avanzar entre sus columnas derribadas y sus losas agrietadas, algo tan grande como el propio mandato me centuvo de seguir adelante. Levanté los ojos y la vi: era la princesa más hermosa que habitaba esos mediterráneos. Reclinada en su triclinio, vestida con sedas y satines, y perfumada con mirra, esperaba con sosiego la muerte. Eternos dolores soportaría a causa de su malmandado amor terrestre. En ese momento noté que el arco del engrano empezaba a caer con estruendo sobre ella. Entonces levanté mi espada llameante y el tiempo se detuvo para que el arco no terminara de caer. Instantes después, alzaba a la princesa entre mis brazos y desobedecía por primera vez. En lugar de destruirla, como trataba la voz en la bóveda celeste, me alejé con ella de la ciudad. Subimos una cuesta y la exclotté a no mirar para atrás. Había mucho pánico y fuego a nuestras espaldas. Pero a ella se le endureció el corazón y volvió la cabeza hacia el holocausto. Vió la ciudad ardiendo en

llamas airadas y las torres derrumbándose y rayos azules y humo y torbellinos estruendosos. Se estremeció y tembló extraordinariamente antes de convertirse en estatua de sal. Yo grité hasta romperme la garganta, supliqué, arrodillado, sosteniéndola entre mis brazos, pero nada hizo que recobrar la vida. Entonces levanté los ojos, desbordados de lágrimas, y los montes y las cordilleras que se extendían delante de nosotros eran semejantes a los laberintos infernales. Luego bramé al cielo terriblemente. Pero yo desobedecí por segunda vez y en lugar de abandonar la estatua, como se me ordenaba, la defendí librando una guerra ciega contra la lluvia solar que venía a nosotros. Mientras escalaba, llevando a ratos la estatua de la princesa, debía apartar las hogueras y las pestes y las serpientes que se nos

atravesaban, huyendo siempre hacia el norte, sin entender bien para qué, sólo sabiendo que jamás, fuéramos a donde fuéramos, podríamos escapar del castigo.

Ahora que estoy confinado en este laberinto de basalto y riscos escarpados, y ahora que debo cumplir mi sentencia celestial recogiendo, grano a grano, los residuos de sal gema de mi estatua inmortal, tirano soy de mi propio destino. Pero no pido clemencia ni perdón. Sin embargo, como el hacedor es infinitamente misericordioso, me arrancará del sufrimiento y revertirá el tiempo para concederme la oportunidad de rectificar mi camino. Y entonces sonará, otra vez, la excoisa voz que cambiará, allá abajo, el rumbo de los vientos y sacará las aguas de los mares y oscurecerá el mundo en nubes de arenisca y gases interestelares. Y después habrá nuevamente mandato para mí. Mas yo volveré a desobedecer y a reptar a la princesa y a convertirla en veta y a condonarme a las sequedades de estos runbos.

Y finalmente se me darán infinitas oportunidades y yo infinitamente las despreciaré y desobedeceré y me revelaré sólo por conocerla y tomarla entre mis brazos infinitas veces.

# Entrevista con Sandro Bossio Suárez

Ana Espejo López

**Sandro Guillermo Bossio Suárez** (Huancayo, 1970). Narrador y periodista. Acaba de ganar el Premio Nacional de Novela Corta 2001, convocado por el Banco Central de Reserva del Perú, con la novela «El llanto en las tinieblas», obra histórica y romántica, ambientada en la colonia del siglo XVIII, de estructura lineal y convencional, que será publicada a fines de mayo. En ella se narra la historia de Balmes y Ligia María, un músico de rostro tenebroso y una prostituta cajellera, respectivamente. Bossio Suárez obtuvo premios como el Alfonso Bouroncle (1987), segundo lugar en El «Cuento de Las Mil Palabras» (1992), mención honoraria en el Premio de Cuento Juan Rulfo (París, 1996), y finalista del Premio COPE (2000). En esta amplia entrevista nos da a conocer aspectos de la novela premiada y de su incansable trabajo literario.

¿Cuándo y cómo fue el inicio del trabajo literario de Sandro Bossio Suárez? ¿Qué y quiénes te indujeron a esta actividad?

En realidad mi trabajo ha sido silencioso y data de hace quince años, aproximadamente, cuando todavía estaba en el colegio.

¿Cómo empiezo? Rememorar eso sería bastante laborioso. En realidad, yo mismo no tengo una idea clara de cuándo y en qué momento empiezo a escribir, en qué momento acudo al llamado de la literatura. Pero, creo que fue a raíz de dos vertientes. Una de ellas, mi abuela materna, que me contaba cuentos fabulosos, y por otro lado, la gran cantidad de literatura barata que yo consumía, generalmente revistas colombianas. Vivía encantadísimo con esas historias. Ambas cosas confluyen en mí cuando muere mi abuela y empiezo a sentir una soledad inmensa, un vacío que hoy mismo no he logrado llenar.

En una ocasión ocurrió algo curioso. No llegaron las revistas que yo compraba consuetudinariamente. Entonces fui a la librería del señor García en compañía de mi padre. El señor García, que ahora tiene el quiosco en la subida de El Tambo, me dijo: «Pues si no hay revistas, hijo, llévate un libro». Yo decía, «¿cuál me llevo, si todos están llenos de letras, qué tedioso, cómo voy a leer». Escogí uno que por lo menos tuviese láminas intermedias. Ese libro fue el que me marcó. Llegué a casa y empecé a leerlo, deslumbrado. Era *Corazón*, de Edmundo de Amicis, una joya. El personaje, Enrique, tenía exactamente mi

edad y estudiaba en el mismo grado que yo. Me componí de tal manera con él que, acostumbrado a leer comics, salí corriendo a buscar la segunda parte del libro. Como, por supuesto, no la encontré, dije: «Entonces la escribirás tú». Y empecé a hacerlo. Fue el primer trabajo literario que hice y me imagino que eso fue el momento que yo rompí el miedo de escribir. Tenía trece años.

A partir de entonces empecé a trabajar tozudamente en mis primeros cuentos, con una ortografía garrafal por supuesto, hasta que a los diecisiete años tomé una decisión seria: se presentó la ocasión de concursar en una convocatoria literaria, y fue así como me senté ya con rigor a escribir una novela.

¿Te refieres a tu primera novela de la etapa de adolescencia, la cual mencionas como una sombra en tu trabajo literario?

Sí, justamente es ésta, que ganó el Premio Alfonso Bouroncle, en 1987. Esta novela es bastante localista, de corte rural, con mucha sombra de Arguedas y Curo Alegría, a quienes yo no denuestro, me parecen unos escritores muy interesantes. Lo que pasa es que entonces no me sentía con la madurez estilística para publicarla. Por ello devolví el cheque y la saqué de la imprenta para que más adelante no se convirtiese en una sombra verdaderamente. Yo considero que todo lo que uno publica en la adolescencia queda marcado para siempre, es indeleble, siempre le tuve miedo a eso. Por ello no he publicado hasta el momento, me he negado constantemente, y hoy mismo no tengo mucha presión por publicar. Creo, sí, que ya he llegado, no a la cúspide, pero por lo menos a la mitad del camino, y estoy en condiciones de publicar.

Posteriormente, el año 1992, obtienes el segundo premio en el concurso «El cuento de las Mil Palabras», promovido por la revista *Caretas*. Detállanos.

Se titula *El hombre que habló con la muerte*. Es un cuento fantástico, pero con muchísima carga emocional, humana, que gustó bastante por el final sorpresivo, que es toda una tradición latinoamericana. Salió publicada en la revista *Caretas*.

En 1996, recibiste una mención honoraria en el concurso Juan Rulfo de París con el cuento «Réquiem por una pianista polaca».

Si, en 1996 me presenté al concurso «Juan Rulfo» y fui mención honoraria. El cuento *Réquiem por una pianista polaca* participó en su primera versión, porque después la corregí y la volví a presentar a otro concurso, con la secuela que ya se conoce.

¿Te refieres al Premio COPE del año pasado?

Sí. Presenté tres cuentos: *Réquiem por una pianista polaca*, *Crónica de amores furtivos* y *Kassandra*. Los tres pasaron a la semifinal, pero recibí una carta donde me indicaban que *Réquiem por una pianista polaca* era descalificado, a pesar de encontrarse entre las favoritas para los primeros puestos, por haber estado publicada anteriormente. En este mismo concurso, *Kassandra* fue finalista. Creo que fue un premio consuelo.

Este año, el premio otorgado por el Banco Central de Reserva, el más importante del país en el género de novela, lo logras con «El llanto en las tinieblas». Has señalado que su proceso incluyó una acerrada documentación histórica de las costumbres y el habla de la época. ¿Tu labor periodística te permitió acceder a diversa información de primera mano?

*El llanto en las tinieblas*, es, en efecto, una novela romántica e histórica a la vez, con bastante carga social de esa época. Es una novela que no me costó -aunque parezca mentira- escribirla. Fue mucho más laborioso conseguir documentación para escribirla, para ambientarla, para poder mentir con causa.

Sí, el periodismo me sirvió muchísimo para conseguir este tipo de información, como aquella clasificada de la Iglesia, a la que ninguna persona hubiera podido acceder. Yo pude hacerlo gracias a la técnica del periodismo de investigación.

*Balmes y Ligia María*, los protagonistas, son personajes marginales de esa época. Por qué optaste por un músico y una prostituta, y cómo surge la idea de la construcción de estos personajes?

En realidad, la idea germinal de esta novela nace de una visión que tuve hace mucho tiempo, la de un hombre cubierto con una manta que escapaba de la gente, que lo temía a la sociedad, y esa idea quedó grabada en mi memoria de manera indeleble. Me pareció extraordinaria para una novela gótica. Balmes fue desde un principio el personaje marginal, el músico contrahecho que escapa del mundo, porque tiene un rostro deformado, y porque la gente lo apedrea, lo apalea por las calles. Él a los treinta años sigue siendo virgen, es un hombre que en su época ha leído todos los libros, incluyendo los prohibidos por la Iglesia Católica, es un hombre sumamente culto, que tiene una gran amistad con un médico célebre que le presta los libros prohibidos para que siga leyendo. Se me ocurrió que este caballero tuviese un sobresalto de amor: de casualidad conoce a Ligia María, una prostituta, quien desordena absolutamente su existencia. Luego viene la historia de ella, los motivos dramáticos por los que tuvo que prostituirse y, finalmente el encuentro de estas dos personas marginales. Así como Balmes es la encarnación del intelectual del siglo XVIII, ella es la encarnación pristine del feminismo, es una mujer que se revela contra las ordenanzas de la época.



no esta de acuerdo, por ejemplo, con que las mujeres estén prohibidas de leer y ella también aprende a leer, justamente por esa rebeldía, y lee libros proféticos, poesía profana, y entre los dos inician una relación irracional, explosiva, sumamente culta. Más o menos esa es la historia con un final imprevisto.

¿Quieres decir que es la historia de la bella y la bestia dentro de los cánones del clasicismo literario?

Claro, podría decirse que es la historia de la bella y la bestia vuelta a contar.

En «El llanto en las tinieblas», indicaste que rindes culto a tus filósofos, músicos y escritores favoritos? ¿De qué manera lo haces?

En primer lugar utilizando las técnicas literarias, los recursos narrativos que han existido siempre. Con respecto a mis escritores, filósofos y músicos predilectos, son muchísimos. Principalmente, Alejandro Dumas, padre, mi predilecto. Hasta ahora me encandilo cada vez que releo *Los tres mosqueteros* o *El Conde de Montecristo*, que realmente se enmarcan dentro de mi propuesta literaria, que es el clasicismo, la vuelta hacia la literatura convencional. Entre mis músicos predilectos se encuentra Bach, Pergolesi, José Luis Perales, uno de mis autores poéticos contemporáneos más queridos, para quien tuve que buscar el modo de incluirlo en la galería de autores musicales de esa época. Me he tomado bastantes licencias para escribir la novela. Por supuesto, he trabajado mucho el marco histórico, el léxico, los hábitos en el vestir, la gastronomía, las calles de Lima en aquella época. Cómo eran el puerto fortificado, el ataque de los piratas, la vida miserable que llevaban los gitanos perseguidos por la Inquisición, la vida de los esclavos, situaciones que me han servido como marco. La novela es libérrima, la escribí con muchísima libertad, sin meterme nunca en una camisa de fuerza. Entre los filósofos están Aristóteles y Tomás de Aquino, que me parecen filósofos de trascendencia y universalidad. Esta novela me ha servido como catarsis para desintoxicarme de una serie de cosas que tenía guardadas. Entonces, es una novela muy personal, que, creo, forma parte de mi propia existencia.

¿Existe en el marco de la historia de amor, una gran denuncia social contra la Santa Inquisición. ¿De qué manera planteas esta problemática?

La novela es un alegato contra la Inquisición que torturó y quemó a mucha gente. A mí me parece que la Inquisición es una de las organizaciones criminales más organizadas de la histo-



ria, una de las peores que nos ha tocado vivir. Los intelectuales, creo yo, tenemos una obligación, y es la de oponernos a todo régimen dictatorial, de terror, autocrático, sea religioso, militar o político, que ponga en riesgo los derechos humanos. El Santo Oficio, con la complicidad de la Iglesia, por supuesto, fue una de las instancias que atropelló los derechos humanos como ninguna otra y nosotros no debemos permitirlo más. La novela sirve entonces, dentro del marco romántico e histórico, como una opinión propia en contra de este tipo de vejámenes que sufrió la humanidad.

*¿Entonces, la novela tiene una postura anticlerical?*

Mi alegato no es contra la Iglesia Católica, sino contra esa orden espantosa y tremenda que fue la Inquisición, los inquisidores.

*Aún existen rezagos de posiciones extremistas dentro de la Iglesia. ¿Qué reacciones se vienen suscitando luego de tus declaraciones formuladas en distintas entrevistas con respecto a tu posición contrainquisitorial?*

Actualmente, juntamente con las felicitaciones, vengo recibiendo una andanada de imprecaciones, de insultos, de vejámenes, cartas donde me llaman retrógrado. No se han hecho esperar estas recriminaciones, que me imagino vienen de partidarios del ala extremista de la Iglesia. Imagino que cuando salga la novela, la cosa va a arrebatar de manera mucho más grande. Lo que ocurre, es que hay gente que no se ha modernizado en cuanto a la Iglesia, en cuanto a sus formulaciones eclesiásticas, y creo que son esas personas, las que han empezado a agredirme. Yo, sinceramente, no miro a los costados, no me siento maltratado, porque es mi posición, mi postura, y tengo que defenderla.

*¿Qué otros problemas plantea la novela?*

La novela, a pesar de ser bastante corta, tiene una cantidad increíble de personajes. He tratado de incorporarlos al texto, porque cada uno encarna un problema social, económico, político, religioso diferente de sus otros. Ahora casi todo está dicho sobre la colonia, sobre ella escribieron novelistas e historiadores. Lo que yo tuve que hacer fue buscar material que no se haya tocado, material genuino para que la novela sea más original. De ese modo me encontré con datos interesantísimos sobre el suicidio masivo de esclavos sobre la condición de la prostituta del siglo XVIII, la música escolástica de entonces, la vida cultural, la vida portuaria y la defensa de las costas por parte de los soldados del rey. Son cosas que de alguna manera sirven para personificar diferentes tipos de problemática de la época.

*Tus trabajos se caracterizan por estar ubicados en espacios y tiempos distintos. ¿Por qué no una novela que desarrolle el espacio local?*

Bueno, porque todavía no he sentido el llamado para escribir sobre mi localidad. Yo creo que estamos tan intoxicados con nuestra realidad localista, que es mejor evadirse. Además, yo no tengo ningún prejuicio de poder situar mis escritos en otros ámbitos y en otros tiempos. Yo creo que eso es un derecho de los autores.

Levanto mi voz y les digo a esas personas que me critican por ello, que tenemos todo el derecho del mundo de tener una mirada más amplia mucho más horizontal, moderna, globalizada.

Entonces, yo creo que es importante que a los autores, a los creadores, se nos deje trabajar con entera libertad.

*¿Te interesaría trabajar el tema de la violencia política?*

De alguna manera ya he trabajado ese tema. La novela que nos ocupa sesgadamente, toca esta problemática. Tengo otra novela que estoy corrigiendo, que es una novela policiaca, que de contrabando trae muchísima carga política actual. Yo me imagino que si, estoy preparándome para escribir una novela ambiciosa, basada en la denuncia de la violencia de todos lados, de todos los bandos, por que yo creo que la violencia que desangró al país fue disputada por varios frentes: los sediciosos, los militares, los paramilitares.

*¿En el acto de escribir a qué recurres siempre?*

En primer lugar a mi diccionario, a mis enciclopedias. Yo soy un dicionariero. No doy muchos pasos sin consultar el diccionario. Me ayuda mucho trabajar con esta herramienta porque me va aclarando las dudas. Trabajo también con un vocabulario de sinónimos y el resto se lo confío al instinto.

*¿Cómo te autodefinirías?*

Rebelde, tozudo, contumaz. Si yo no hubiera tenido la rebeldía ni la contumacia de la que te hablo, me imagino que no hubiera persistido, y ahora no estaríamos gozando de esta entrevista.

*En una entrevista realizada por Pedro Escribano, planteas tu posición con respecto a la literatura superficial que abarrotan nuestras editoriales, carente de rigor literario, y propones la vuelta al clasicismo literario, a la literatura convencional.*

Sencillamente, mi hipótesis, mi propuesta, mi búsqueda, se encaminan hacia el retorno del clasicismo literario, después de toda la revolución que hubo por los setentas. Yo creo que es el momento de volver nuestros ojos hacia la literatura convencional. Pero, decir que volvamos al clasicismo literario, no quiere decir que yo esté en desacuerdo con la temática moderna, como me achacan muchos de mis detractores. Lo que yo propongo es que con la temática fuerte, de la homosexualidad, de la drogadicción, de la juventud perdida, que me parecen temáticas lícitas para nuestros tiempos, se puede hacer verdadera literatura, echando mano de la estructura clásica.

Yo digo que la literatura contemporánea es superficial y dérmica porque no existe un verdadero rigor literario a ese respecto. A casi todos los seguidores de Charles Bukowski, que a pesar de haber tenido algunas buenas armas literarias ha calado de manera debilitante en nuestros escritores, les diría que sigamos con esa temática, pero que tratemos de mejorar la estructura, porque la literatura hoy en día no me parece literatura novelesca, sino literatura anecdótica: todos los libros están llenos de anécdotas y no tienen argumentos formales, circulares.

*¿Cuál crees que debe ser el rol del escritor frente a esta literatura?*

La función del escritor es escribir bien. Yo no creo que el escritor tenga otra obligación más que esa: hacerlo con honestidad y con rigor.

*¿Qué autores peruanos o extranjeros consideras relevantes y de qué manera algunos de ellos ha sido determinantes en tu trabajo literario?*

Autores para mi gusto existen muchísimos. Imagínate, yo hoy día podría

leer una novela y decirte que es la que me ha gustado más en toda mi vida, y mañana decirte lo mismo de otra. Yo soy muy voluble en ese aspecto. Sin embargo, podríamos resumir a mis autores de culto de la siguiente manera: me quedo con Aristóteles, que me enseñó la perfecta conformación de una novela, con Sócrates, que me ayudó a entreverar destinos, con Homero, que no sé como se arreglaba para mantener en constante movimiento a sus personajes. Me quedo con los clásicos rusos, franceses, destacando a Flaubert, que es la bisagra literaria de la novela antigua y de la novela moderna, con los clásicos ingleses, los italianos de postguerra, con todos y cada uno de los latinoamericanos del boom literario, que me siguen encandilando. Definitivamente, un escritor es hijo de sus lecturas, y yo he tenido que absorber, me he nutrido de ellos. Me imagino que de alguna manera todos han influido. Sin embargo, siempre he tratado no de imitar, sino más bien de escapar de mis escritores favoritos.

En el ámbito nacional, hay muchos. Yo creo que Garcilaso de la Vega, los cronistas de la colonia, Flora Tristán, que me parece una escritora de gran envergadura, de una belleza increíble y de una postura política muy fuerte. Creo que entre Arguedas y Alegria, Alegria tenía mayor trabajo literario, mayor estética, yo me quedo con él. Y entre los últimos con Vargas Llosa, que es absolutamente brillante, con Ribeyro, con Rivera Martínez, con Laura Riesco. De quien no podría decir que es brillante es de Bryce, últimamente me ha ido desencantando. Y de mis contemporáneos, pues es bastante difícil, creo que en el Perú no hay un contemporáneo de alto vuelo, tal vez Iván Thays, de quien me fascina su prosa, al igual que la de Patricia de Souza. Finalmente, entre los contemporáneos latinoamericanos, he leído a Volpi, que de alguna manera me tranquiliza porque también ha vuelto a mirar el clasicismo literario y Padilla, lo propio. Pero, sinceramente, considero que es Federico Andahazi, el argentino, quien va a perdurar sobre Puguét, Paz Soldán, Fresán.

*¿Proyectos literarios a corto plazo?*

Seguir decantando mis cuentos y dándoles a la escritura. No tengo prisa por publicar. Voy a sacar esta novela cuando crea conveniente. Hasta ahora, yo no me siento un escritor realizado, no me siento un escritor. Yo creo que soy un atento lector, un aprendiz de escritor, un hombre que escribe, si tú quieres. Estoy todavía en formación y desarrollo y eso, como todos lo sabemos, no se obtiene de una cantera académica. El mejor maestro del narrador creo que es el tiempo y los errores. Uno aprende mucho de sus errores.

*Recientemente, se ha publicado en la Agencia de Noticias Literarias LIBRUSA, con sede en Madrid, España, un artículo en el que Luis Jaime Cisneros, presidente del jurado, señala la impecable estructura de tu novela ganadora. ¿Está en tus planes viajar a España?*

Si, en realidad. Así como para los escritores del boom París, la ciudad luz, fue La Meca, para el escritor de hoy, para la gente que está en este oficio, Madrid es el punto de convergencia. Y si me gustaría viajar. He recibido una invitación de la Feria del Libro para el mes de junio. Por otro lado, gracias al premio voy a viajar por algunos puntos de Sudamérica para promocionar la novela.

*Recientemente, Huancayo y la intelectualidad nacional perdió al Dr. Manuel Baquerizo. ¿Te consideras discípulo suyo?*

Definitiva y rotundamente, sí. Soy su discípulo y me preció de haber sido uno de sus más cercanos amigos. Ahora que tenía que entregar la novela ya corregida al Banco Central de Reserva, me sentía completamente huérfano, no tenía el lápiz rojo del Dr. Manuel, que siempre me impulsó a publicar, a concursar, y lamento muchísimo que haya fallecido dos meses antes de este premio. Yo sé que le hubiera gustado mucho. Mi tributo, va a ser dedicarle la novela.

*¿Qué opinas del desarrollo cultural de Huancayo, sobre todo del movimiento literario?*

Pues Huancayo es una ciudad cosmopolita, una ciudad moderna, que no ha sido cucufata como todo el mundo cree. Huancayo es una ciudad de diferentes rostros. Además, es comercial, pero no es una ciudad pegada a la cultura. Lamentablemente, mi generación literaria no ha sido cohesionada, nosotros no hemos tenido grupos de literatura, no hemos tenido círculos artísticos en los cuales poder explorar nuestro trabajo mutuo. Yo he crecido solo, encovado, desarrollando mis trabajos de manera muy personal, casi a ciegas. Creo que Huancayo no tiene un gran brillo literario. Es un acto heroico escribir aquí.

*¿Serías partidario de propender a cohesionar un grupo literario?*

No. Vuelvo a decir que la mayor obligación de un escritor no es lanzar a los cuatro vientos sus propuestas. Su obligación es escribir bien y con honestidad.

*¿Qué opinas del centralismo literario?*

El centralismo limeño todavía es imperante. Yo lo noté y lo viví en carne propia cuando fui a Lima a presentarme con los miembros del jurado, quienes me felicitaron, uno, por haber ganado el premio y otro, por ser de provincia. Es como si los del interior del país no tuviésemos la misma capacidad intelectual con respecto a los «provincianos» de Lima. Yo no sé por qué existe ese centralismo que es nefasto, completamente desesperanzador para el trabajo de la persona. Considero que el trabajo literario es completo y universal en cualquier parte del mundo.

*Por otro lado, el país atraviesa un proceso de transición democrática y propende a una cultura de paz a través de instituciones como la Comisión de la Verdad. ¿Qué opinión tienes al respecto?*

A mí me parece que es el momento de mirarnos las caras, de enrostrar nuestra situación, y coger el toro por las astas. Pero, me parece que debe haber un consenso total y muchos se van a oponer a lo que digo, pero creo que en la Comisión de la Verdad debería haber un espacio también para los insurgentes. Para que exista una verdadera reconciliación, el perdón, tienen que haber necesariamente dos frentes.

Nuestro momento político sigue arrastrando las taras de siempre. Nuestros problemas sociales y económicos son una constante en el país y ahora vemos que son una constante en Latinoamérica. De alguna manera, las personas que escribimos nos vigorizamos con este tipo de cosas. Un autor que no se identifica con estas situaciones, intelectualmente, es un autor asexuado.

# Testimonio de un grato coloquio nacional de poesía

Gloria Mendoza Borda

Viajé a Lima un lunes en la noche con el entusiasmo de mis cómplices en asuntos literarios, Nadja y Sethguin, mis hijas. En la empresa de transportes Cruz del Sur de Lima, el 08 de junio por la tarde coincidí con Rosina Valcárcel y Dalmacia Ruiz Rosas, juntas tomamos el bus a Huancayo. En el nevado de Ticlio, Rosina sufrió el impacto de la altura. Hermosas montañas blancas a nuestro costado. Nosotras, viajeras que trabajamos con signos y designios de sueños y ensueños de la poesía, mirábamos atentas las verdes campiñas que atravesaban la carretera. Junto a nosotras avanzaban lagunas azules, ríos que se tornaban plomizos al llegar la noche. Nuestra piel recibe el impacto de un frío helado.

La primera noche que llegué a Huancayo tocaron la puerta: «Gloria, soy Ana Varela, tu compañera de cuartos».

Grato el reencuentro, dos años atrás habíamos participado en el Encuentro *Peruano de Escritoras* (Red de Escritoras Latinoamericanas -Lima). Ana Varela llegó con su libro *Voces desde la orilla*: "Nuestros archivos guardados en la memoria/ eran en verdad intensos caminos de las estaciones y los días/ Todo semejante a la serenidad del sol". Fuimos a ver a Rosina la encontramos mal. Conversamos con el poeta Nicolás Matayoshi y llevó al hotel a un médico de poetas (el doctor Alberto Jordán) para controlar la presión de la querida escritora autora de «Paseo de Sonámbula» y otros libros.

Escritores de Lima y provincias habíamos sido convocados por el doctor Manuel Jesús Baquerizo (Revista «Ciudad Letrada») y la magister Flor de María Ayala (Universidad Nacional del Centro del Perú) para participar como expositores en el «coloquio nacional: la poesía peruana actual, balance y perspectiva» (Huancayo, del seis al nueve de junio del año 2001). El propósito era debatir la poesía en los 25 últimos años. Nos llevaron al Hostal Confort y a un restaurante donde, para felicidad nuestra, nos ofrecían a diario deliciosas truchas en todas sus formas.

Manuel Baquerizo, uno de los mejores críticos que tuvimos hasta hace poco en el Perú y que trabajaba desde la provincia, pues nos reunió a escritores de Lima y del interior. Este encuentro fue sumamente necesario para los que proveníamos de provincia, intercambiamos no sólo opiniones sobre literatura, sino también experiencias andinas, amazónicas, negroides, y especialmente nuestros libros. Hemos podido apreciar que muy pocos son los escritores limeños que corresponden con sus libros. Otros poetas llegados de Lima, como Tulio Mora, no se acercaban para nada a los escritores de provincia. Esta preocupación que tiene el doctor Baquerizo de unir a los escritores del Perú para hablar de una real literatura nacional, me hace recordar la opinión que tiene Javier Agreda a propósito de los escritores de provincia y que es preocupante: «Los autores pro-

vincianos pueden tener razón en sus quejas contra el centralismo limeño, pero también es cierto que los libros que nos llegan del interior del país suelen padecer de un 'provincialismo' que podríamos definir como un cierto carácter epigonal (...) y falta de rigor literario». Comprendo que es un reto para los escritores que no vivimos en la capital y particularmente no me siento marginada.

Cecilia Bustamante envió su ponencia de Estados Unidos «La crisis de los 80 en la Literatura Femenina del Perú: la fuerza desconocida del terror». Cecilia hace un balance de la poesía en época de violencia y se detiene en algunos nombres: Magda Portal, Emilia Conejo, Carmen Ollé, Sonia Luz Carrillo, Mercedes Eguren y Gloria Mendoza. Diana Miloslavich dio una parcial lectura del trabajo y cuando llegó a mi nombre confieso que me sorprendí: no lo esperaba en mi condición de escritora que vive estrictamente en una provincia. Me acerqué a Diana, quien sorprendentemente me dijo: «Te conozco en vivo, Gloria Mendoza».

El Coloquio tenía más la presencia de escritoras que escritores, con una fina picardía la poeta Doris Moromisato (Lima) llamó «la colofita». Me tocó exponer el día miércoles en la tarde junto a Rosina Valcárcel la ponencia *Precursoras de la nueva poesía peruana*; Dalmacia Ruiz Rosas hizo un testimonio de los años 80 y cómo fue desarrollándose su poesía. Yo hablé sobre *La poesía andina femenina peruana*. Se dieron participaciones importantes en los días siguientes, como las de Carmen Ollé: *Panorama de la poesía escrita por mujeres en los últimos veinticinco años*; Ana Varela Tafur: *La poesía en Loreto*; Doris Moromisato: *La escritura como migración y refugio: ¿Es la literatura la tierra de marginales y excluidas?*; Diana Miloslavich: *Publicar o desaparecer: un dilema de las poetas mujeres*; Tulio Mora: *La poesía de los 70*; Ana Bertha Vizcarra: *Género y poesía*; Marcial Molina: *La poesía en Ayacucho*; Arturo Concepción: *La poesía de Junín*.

El doctor Manuel Baquerizo estaba atento en todas las circunstancias posibles de *la Coloquia*. En las noches programaron lecturas de poesía y presentaciones de libros. Casi en todos los casos el presentador fue Manuel Baquerizo, y en otras Carmen Ollé y Tulio Mora. Cuando me tocó leer poesía, entre otros poemas leí *Canto a mis cabellos* y Ana Varela abrazó con su manos su cabellera y dijo: «de hoy en adelante siento ternura por mis cabellos». Samuel Córdich, una de las noches dio lectura a poemas de cuatro libros, la noche fue suya, al día siguiente lo llamamos «poeta kilométrico» y él dijo que jamás volvería a leer poesía, tomaba desayuno repitiendo «jamás, jamás». Este coloquio sirvió para darnos cuenta que la poesía peruana en los últimos años está siendo escrita por mujeres con sobriedad y perseverancia en el oficio.

Las poetas Catalina Bustamante (que llegó de Lima) y Alida Castañeda (de Ayacucho) participaron con lecturas de poesía; Ana Bertha Vizcarra y Carmen Ollé llegaron los últimos días. Igualmente el poeta Jorge Luis Roncal (Lima) llegó un solo día, sustentando un trabajo sobre las Editoriales en el Perú. Participó además en lectura de poesía, no pudimos conversar porque ese día con Ana Varela habíamos decidido hacer una mañana turística, contratamos un taxi y emprendimos el viaje con Catalina Bustamante. Carmen Ollé tenía que ir con nosotras pero al final desistió. Hicimos un circuito por Ocopa, Ingenio, San Jerónimo. El Convento de Ocopa, durante siglos, irradió cultura a la selva central y a toda la zona, es famosa su biblioteca. Lamentablemente fuimos recibidas por el mal humor de una señora de cabellera larga con cara de palo Huanca y con voz de piedra Chanka». Salimos muy desanimadas. Luego pasamos a Ingenio, donde gozamos en el bellissimo criadero de truchas, de pozas, agua, árboles, cerros. Compramos miel de abeja y continuamos a San Jerónimo, admirando su platera en filigrana: pavas reales de frondosa cola, collares,

aretes, anillos que irradian energía positiva. Compramos algo y retornamos a Huancayo. Sin embargo, a medio día coronamos el viaje deteniéndonos en el Parque de la Identidad Huanca, ensueño de esculturas, murales, inmensos mates burilados, cabezas de piedra con sombrero y torcazas, había fondo musical de huaylarsh y Catalina Bustamante, como buena jaupna, saltó al centro a bailar. De pronto fue rodeada por niños y turistas que la aplaudían con entusiasmo. Dobo agradecer a Ana Varela, porque no estaba animada para hacer este viaje, pues a menudo me acompañan duendecillos de tristeza.

Por razones que sólo Ana Varela sabe, Doris Moromisato y yo la molestábamos con un verso de una poeta arequipeña de los años 70, Brunilda Joyce: «Gringos mascachicles de m...» Y celebrábamos el momento y la poeta que obtuviera el Primer Puesto en la V Bienal de Poesía Premio Copó participaba del jolgorio entre la metáfora y la anécdota recordando un pedazo de su luna en Estados Unidos.

Luego de la sustentación de ponencias los jóvenes estudiantes de la Universidad del Centro nos esperaban en los pasillos para entrevistarnos y tomarnos fotografías. Huancayo sí es una Ciudad Letrada porque el doctor Manuel Baquerizo así lo determinó con sencillez y trabajo intenso.

Una escritora, fina música, conferencista y dramaturga que conocí con mucho agrado fue Maritza Núñez: teníamos un tema que nos apasionaba a las dos, Frida Kahlo, personaje que ella llevó al teatro y yo a la poesía. Maritza me obsequió un hermoso libro: *Jeux y otros cuentos, relatos dentro de un neosurrealismo*, y el voluminoso libro *Existencia en poesía*, obra completa de la gran poeta Carmen Luz Bejarano, su madre.

Una de las noches *La Coloquia en pleno* luego de la comida, fuimos invitados a la casa de Nicolás Matayoshi, hermoso solar con murales de Jesús Espíritu, discípulo del pintor Josué Sánchez. Faltó la autora de *Oda a la utopía*, la estupenda voz de Carolina Ocampo; nos dijeron que se encontraba en Lima. Nicolás presentó un artístico canasto con diferentes clases de panes, bastante queso y mate caliente o «calientitos», como suelen llamarlo en Huancayo. Mi primo, el poeta Gerardo García, atento como siempre. A él lo veía después de casi treinta años, militó conmigo en el Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat de Puno, cuando era estudiante de una Escuela Normal, y yo colegiala. En esta tertulia estuvo también el poeta Sergio Castillo, que tuvo la gentileza de obsequiar su libro a todos los presentes. Otra noche fuimos invitados a la casa del artista Josué Sánchez, otra casita de ensueño y recuerdo eterno. Con Rosina y Martha pasamos un buen rato en el patio de las esculturas de Josué, sintiendo la fría noche y el cielo estrellado. En otros tiempos Nicolás, Carolina y Josué, se hospedaban indistintamente en nuestra casa de Ayacucho: estoy hablando de Juan Alberto Osorio y de los años 80.



# El primo Elpidio

Luis Gallegos

Cuando Ana Bertha Vizcarra llegó al Coloquio tenía entre otros el libro *El combate de los Angeles*, selección de textos por Rocio Silva Santisteban. No nos quería prestar porque el libro estaba nuevo y era, además, prestado. De modo que con Ana Varela, la convencimos para que nos prestara y en un par de horas devolvimos el libro sano y salvo, después de fotocopiarlo. En la noche, revisábamos textos de Julio Ortega, Marco Martos, Susana Reisz, Mariela Dreyfus, Giovanna Minardi, Carmela Zaneili, Cecilia Esparza y Rocio Silva Santisteban. El libro estaba con nosotros en un combate de ángeles y demonios pidiendo a todos los dioses no nos sorprenda la poeta cusqueña.

Fue, creo, una interesante faena literaria y la más trascendente del año. Para terminar no quiero dejar de nombrar a dos amigas ángeles en mi estada en Huancayo: Carmelita Perea y Sonia García, antiguas compañeras en la Universidad San Antonio Abad, con quienes compartí el amor por las letras en la ciudad de los techos de teja. Ellas me acompañaban en mis lecturas de poesía a inicios de los años 70, en la Casa de la Cultura, bajo la dirección del poeta Luis Nieto, mi profesor predilecto en la universidad. Ellas me esperaban al llegar a Huancayo, pidieron permiso de sus trabajos para escucharme la tarde que me programaron. Es una amistad maravillosa, con muchas muestras de afecto.

Partimos con entusiasmo un día antes de la clausura en Cruz del Sur. Ana Varela, Doris Moromizato, Maritza Núñez, Ana Bertha y Catalina nos despidieron. El viaje de regreso fue atroz. En el terminal de Lima esperaba mi hermana Mercedes porque una hora después yo viajaría hacia la ciudad donde vivo. Me despedí en Lima de las amigas poetas con la seguridad de seguir el camino trazado e insertarme en el proceso de informática, globalización e interculturalidad. Gracias por este coloquio en el albor del nuevo siglo, Flor de María Ayala. Gracias doctor Manuel Baquerizo.

Un buen tiempo mi testimonio se guardaba en mi computadora y cuando decidí a enviarlo a *Ciudad Letrada*, precisamente entonces, recibimos la tristísima llamada de la poeta Catalina Bustamante de Lima, y otra de Flor de María Ayala de Huancayo, anunciando la muerte de Manuel Jesús Baquerizo. Se nos adelantó muy pronto. Hace menos de un año lo recuerdo vital y cantando a toda voz con Ana Varela en *la Coloquia*. Siento una singular tristeza por esta muerte, precisamente el prólogo mis dos últimos libros *La danza de las balsas* y *Dulce naranja dulce luna*. Manuel Jesús Baquerizo en Huancayo me manifestó su deseo de estar presente en la presentación de mi libro, presentación que todavía no se hizo en Lima. Cuando Zelideth Chávez me confirme la fecha, claro que estará presente Manuel Jesús Baquerizo, con su voz crítica y su recuerdo eterno, mientras la vida nos acompañe. Colaboré esporádicamente en diferentes revistas dirigidas por él, hace mucho más de veinte años. Finalmente, creo que la revaloración de un real trabajo literario desde la provincia peruana se debe en gran medida a la promoción infatigable de Manuel Jesús Baquerizo.

Este año fuimos a la ciudad de Tacna -recuerdo- a pasar vacaciones. Una tarde, papá recibió una llamada telefónica de mi tío Vicente, su hermano, que radica en esa ciudad. Papá se la comunicó a mamá que se encontraba muy delicada de salud. Bertha, dijo, ha llamado mi hermano Vicente de Tacna y nos invita a pasar el verano en esa ciudad, no precisamente en la ciudad, sino en la playa Yostay, donde todos los años van a tomar baños en el mar. El me parece que tiene casa en esa playa, si mal no recuerdo, una vez me habló de una casa en una playa.

Estaría bien, -dijo mamá-. Quizá el cambio de clima y, sobre todo, los baños en el mar me puedan curar esta artritis tan dolorosa. Escuché la conversación desde el comedor, donde me encontraba, y veloz fui donde mis hermanas, Lolita y Mariza, a comunicarles esta buena noticia. Ellas, a esa hora, estaban en su dormitorio viendo la telenovela "Terra Nostra" de las tres de la tarde. Entré al dormitorio y grité: ¡Escuchen, escuchen! Papá y mamá están hablando que en enero nos vamos a Tacna, estamos invitados por el tío Vicente para bajar a la playa Yostay a bañarnos en el mar. ¡Qué bien! ¿no? Y será una buena oportunidad para conocer a los primos Elpidio y Albertito.

Mis hermanas, muy contentas saltaron de alegría con la noticia, y no pararon, desde entonces de hablar sino del viaje a Tacna.

Ibamos por primera vez a esa ciudad. Mariza, Lolita y yo, hicimos grandes planes para bañarnos en el mar, porque dicen que cada año baja a las playas gran cantidad de gente, la ciudad de Tacna, decir se queda vacía en el verano.

Diciembre se pasó volando. Los primeros días de enero, toda la familia viajamos a la ciudad de Tacna en la Empresa Cruz del Sur. El tío Vicente y su esposa nos recibieron con gran cariño, ofreciéndonos su casa, su bonita casa en la Av. Bolognesi, frente al hotel de turistas, de esa ciudad.

Los primos Elpidio y Betito con qué cariño nos recibieron, en especial Elpidio, ya jovencito y Betito aún chiquillo. Ellos son los únicos hijos del tío Vicente. Con ellos, por las tardes salíamos a pasear y conocer la hermosa ciudad de Tacna.

Otro día, en la camioneta del tío Vicente, en caravana bajamos a la playa. Recuerdo, llegamos por la tarde, cuando el sol se apresuraba a perderse en el ocaso, en el mar y en el cielo teñidos de rojo, a esa hora de la tarde, ofreciendo un espectáculo maravilloso, que yo por primera vez veía: el horizonte infinito de esa gran cantidad de agua que baña a varios continentes.

La casa del tío Vicente es pequeña, con dos dormitorios, un comedor-cocina y un hall frente al mar. El dormitorio grande lo ocupamos nosotros, papá, mamá y mis hermanas, en el otro dormitorio se acomodaron tío Vicente y tía Cristina, los primos hicieron cama en el hall frente al mar.

En verano, en la playa hace un calor insuportable, pero la brisa húmeda que viene del mar lo atempera y hace que los días sean hermosos y las noches frescas. Y cuando hay luna, la playa es bella, pues invita a pasear y contemplar el mar y la luna.

Al día siguiente de nuestra llegada, antes del desayuno, nos pusimos la ropa de baño que compramos en Tacna. Y así vestidas bajamos al mar que estaba a veinte pasos de la casa de mis tíos.

Desde el primer instante en que me vio con ropa de baño, noté extasiado a mi

primo Elpidio, contemplando mi hermoso busto, mi esbelto cuerpo. Ellos, muy atentos, nos devaban al mar. No tenían miedo, nos decían, porque ya conocían los lugares con arena fina y sin mucho oleaje.

Mi primo Elpidio quedó prendado de mí. Me llevaba al mar en las mañanas y en las tardes. Con el pretexto de enseñarme a nadar, el muy sabido, disimuladamente, me agarraba los senos y el trasero. Prima Eutimia, te enseño a nadar, me decía, no tengas miedo. Me llamaba y me agarraba de las manos y lo llevaba junto con las olas que iban a morir en la orilla. Eutimia mueve despecto los pies, como si flotaras, me enseñaba a nadar pero el muy vivo, aprovechaba para agarrarme el culo y meter sus manos a mi pubis. Yo lo dejaba porque es mi primo.

Mi hermana mayor siempre estaba junto a mi mamá, prefería bañarse con ella, a las diez de la mañana, y con mi papá, con mi tío Vicente y la tía Cristina, en las tardes, después de almorzar. Y después se sentaban junto al mar a contemplar cómo el sol se perdía en el horizonte teñido de rojo púrpura.

Mi hermana Mariza se vinculó con la familia Cúneo de Tacna, descendiente de los primeros italianos que llegaron a Tacna después de la guerra con Chile.

Dino Cúneo era un joven guapo que se hizo cargo de Mariza. Desde los primeros días que llegamos empezó a cortejarla. Todas las tardes, al caer el sol se iban a pasear a la orilla del mar. Caminaban lejos, primero agarrados de las manos y después, cuando las casas se perdían de la vista de ellos, recién caminaban abrazados y besándose a cada paso.

Y cuando el mar en la quietud del atardecer parecía no moverse y una brisa fresca venía de lejos, se sentaban a contemplar el brillo de las estrellas y el paso de los astros en inmenso cielo, cóncavo y oscuro. Dino le tomaba de la cintura y la besaba intensamente, mientras sus manos trabajaban en quitarle el vestido que llevaba puesto y hacían el amor en la playa de arena. A veces dentro de los barcos viejos varados en la orilla. Una y otra estrella brillaba en el cielo. A veces la luna contemplaba cómo Dino besaba el trasero de Mariza, sus pezones y sus torneadas piernas. Mariza en la penumbra de la tarde decía: "Dino, amor mío, dame más, no lo saques" Y Dino repetía: "Ahora eres mía, para siempre, para siempre". Después regresaban a casa, como si nada hubiera ocurrido. Buenas vacaciones se pasó Mariza. Ella me contó todo y esperaba a Dino viviera a pedir la mano para casarse, lo que no ocurrió nunca. Así es el amor, a veces, es sólo un amor pasajero, pero deja recuerdos imborrables, que nunca se olvidan.

Habíamos estado en la playa cerca de tres semanas, cuando mis papás decidieron regresar, nos quedamos algunos días en la ciudad de Tacna y recién regresamos la última semana de enero. Mi papá y mi mamá invitaron al tío Vicente y a mi tía Cristina y a mis primos a la fiesta de la Virgen de la Candelaria, el dos de febrero. Además, porque el ocho de febrero es cumpleaños de mi mamá.

Con mucha pena nos despedimos de la ciudad de Tacna y volvimos en la misma empresa Cruz del Sur. Mi primo Elpidio, al despedirse me besó en la boca.

Cuando llegamos a Puno, en las noches seguían los ensayos de los conjuntos, para el gran concurso de danzas con

trajes de licoor. Mis hermanas se animaron a bailar en el conjunto de la tun tina del barrio Independencia. Y sin muchos ensayos se integraron. En la octava de la fiesta fueron a bailar en el concurso al estadio Enrique Torres Belón, y en la noche bailaron en el Club Unión, hasta el amanecer.

Con motivo del cumpleaños de mamá Bertha, degaron los tíos de Tacna, y con ellos mis primos Elpidio y Betito, el chiquillo. En la víspera del cumpleaños de mamá vinieron a la secunata, los compadres y algunos amigos del barrio. Yo no salí a la calle, me quedé en casa, nos pusimos a jugar con mis primos, Elpidio y Betito a las escondidas, para que Betito nos encuentre.

Mis padres, el tío Vicente y la tía Cristina, los compadres y los amigos del barrio bailaban en la sala con la música de un potente tocadiscos. Nosotros seguimos jugando a las escondidas. Al comienzo, todo empezó como juego, Elpidio en las escondidas no paraba de besarme, no despegaba su boca de la mía y a cada momento me agarraba el culo. Yo también consentía que lo haga, después de todo somos primos. Le dije, puedes besarme las veces que quieras, porque besas rico. Y cuando me agarraba el culo y los senos sentía gran placer.

Parece que a Betito le llegó el sueño y se fue a dormir y nos quedamos con Elpidio. Él me llevó a su dormitorio, donde Betito estaba en un sueño profundo. Nos echamos en su cama y a propósito apagué la luz y quedamos a oscuras, junté la puerta y corrí el cerrojo y vino suavemente a echarse a mi costado y empezó a besarme con intensidad, mientras su mano abría los botones de mi blusa para acariciar mis senos. En ese momento yo sentía gran placer, porque mis senos quedaban libres y Elpidio los besaba con gran cariño, después me quitó el calzón y besó mis partes, abrió mis piernas y me agarró el trasero para empezar a meter su cosa en la mía. Yo nunca había tenido esa experiencia, el dolor era intenso, sentía que algo mojaba mis piernas, palpé con la mano y noté que era sangre. Yo corrí donde mi mamá y le conté. Ella se asustó y le comunicó a mi papá.

Al fin de que los invitados no se enteraran de lo ocurrido, la fiesta continuaba alegre. Me llevaron a la sanidad para contener la hemorragia. Ahí me quedó un par de horas y regresé a casa con mamá.

Mi tío Vicente y mi tía Cristina pidieron disculpas a mi papá y a mi mamá. Elpidio desapareció de la casa, parece que regresó a Tacna sin dar la cara. Mi tío Vicente y mi tía Cristina y Betito, de inmediato regresaron a Tacna, porque fue todo un escándalo lo ocurrido entre primos. Me parece que los invitados algunos se enteraron de lo que había ocurrido y otros no, porque casi todos estaban bien mareados.

Esta primera experiencia nunca la olvidaré. Desde esa fecha, mi papá y mi mamá no hablan con el tío Vicente y su mujer. De Elpidio no quieren ni oír su nombre. Una vez dijo mi papá: ese es un canalla.

Cuando les conte esta aventura a mis hermanas, Lola y Mariza, ellas festejaron lo que me había ocurrido con el primo Elpidio. Me dijeron, que yo debía haber consultado con ellas antes, para que me instruyeran, cómo se hace el amor por primera vez.

# El frío círculo del cañón

Víctor Suárez Samaniego

*La conciencia sólo recuerda de las injusticias cometidas...  
Pero de aquellos actos a los que nos conduce el odio, a los  
que vamos como adormecidos por una idea que nos obsesiona,  
jamás nos recuerda la conciencia.*

Camilo José Cela

Aquella noche la tormenta se había desatado sobre la ciudad y la lluvia persistente, que ya se prolongaba por horas, amenazaba con no cesar jamás. El muchacho, jadeante y empapado, trataba desesperadamente de insertar la llave en la cerradura de la puerta de su casa, mientras los perros del vecindario delataban su angustia ladrando anárquicamente. Regresa temprano y, por favor, evita meterte en algún lío, le había dicho su madre. Si mamá, no te preocupes. Finalmente logró abrir la puerta. Entró y, esforzándose por evitar que la lluvia incesante mojase el bulto que traía bajo el brazo, cruzó el patio y se metió en su habitación. Ahí arrojó la pesada bolsa sobre la cama. Luego se puso delante del espejo del tocador y vio reflejada su apariencia. Tenía el cabello revuelto, la cara pálida y demacrada; sentía la ropa adherida a su cuerpo y el agua, al escurrirse, le provocaba escalofríos. Ahora no te arrepentirás de lo que has hecho, se dijo con arrogancia. Después tomó el retrato donde ella y él aparecían bailando en la fiesta de promoción; contempló sus grandes ojos negros, sus labios carnosos, sus magníficas piernas largas y sus caderas de yegua. Unos días antes, en esa misma habitación, había discutido con Melissa: el ajeteo encima de la cama se había interrumpido de golpe, él permanecía sobre ella, inmóvil, mirándola fijamente a los ojos, queriendo penetrar en sus pensamientos; y ella esquivaba constantemente aquella mirada escrutadora. Enseguida le había lanzado aquella estúpida pregunta que provocó el llanto y la indignación de Melissa.

Un presentimiento lo intranquilizó. Maldita sea, mascullo, no puede ser que sea tan torpe. Buscó con desesperación entre sus ropas, en sus bolsillos. Tenía la garganta seca y la presión del pecho se incrementaba segundo a segundo; sentía que se ahogaba y que su vida ya no tenía sentido. Lanzó contra el piso el portarretratos y vio cómo una miriada de pequeñas partículas de vidrio saltaban por el aire y quedaban regadas por el suelo. Se dejó caer a horcajadas y la angustia reprimida se transformó en un llanto irrefrenable. Lloró desconsolado y amargamente, como un niño traicionado. Afuera, la lluvia inclemente transformaba las calles en lodazales y riachuelos y, su resonancia monótona, le daban a la ciudad un aspecto sombrío. De repente pareció recordar algo. Se arrastró hasta la cama, tomó la bolsa y rebuscó en ella. La encontró, la cogió y la vio relucir nuevamente contra la luz del foco. Las manos y piernas le temblaban, muchos recuerdos invadían sus pensamientos, nos vemos en el infierno, maestro. Lentamente se la pegó a la cabeza y sintió el frío círculo del cañón.

Recordó al maestro. Lo vio sentado detrás de un inmenso escritorio en su biblioteca. Tenía el vientre inflado, la cabeza semicalva y las sempiternas ojeras a causa de las buenas noches de parranda, trago y mujeres. El muchacho y el maestro conversaban sobre algún libro, alguna obra maestra. El maestro, el catedrático que así se hacía llamar por sus adláteres, se ufana de tener la mayor biblioteca de la ciudad, incluso más numerosa que la municipal. Se veían, pero no directamente a los ojos como si al mirarse se hiriesen mutuamente y esto hacía que la conversación sonara artificiosa e incómoda. Unos días antes de la cita, el muchacho estuvo preparándolo todo. Te juro que la necesito para hacer una monografía sobre criminalística, le dijo en tono suplicante a un amigo en la universidad, por favor ayúdame, sólo el sábado, el domingo te la regreso. Al maestro, lo había interceptado muchas veces a la salida de clases pidiéndole le permitiese conocer su tan famosa estantería. Bueno, ya que insiste, puede

visitarme este fin de semana, por las noches casi siempre estoy solo. Gracias, maestro.

El maestro se levantó agitado y descompuesto por aquella enfermedad que lo minaba lentamente, y procedió a mostrarle su magnífica colección de literatura clásica, moderna y contemporánea. Caminaban entre anaquiles repletos de textos a punto de desbordarse. El muchacho estaba deslumbrado, pero veía la espalda del maestro cubierta por una bata y sentía que lo odiaba cada vez más. Al viejo le quedan pocos años de vida, hermano, tendríamos que robarle algunos, sin remordimientos, hermano, le había dicho un amigo, en aquel cafetín grisiente de la universidad. El cielo azul del mediodía se había tornado ceniza y, por encima de las cumbres de los cerros, negríssimas sombras se cernían sobre la ciudad. En un instante, la bata flotante del maestro se enganchó en el lomo de uno de los libros lo que provocó un huaco de hojas infinitas. Ahí, derramadas por el suelo, amontonadas en una ruma, el muchacho reconoció títulos y carátulas sobrepuestos con los cuales había soñado. Los fue recogiendo uno a uno con asombro y gozo mientras podía percibir el olor húmedo de las hojas y el effluvio dulce del cuero de las tapas. Quiso esconder alguno bajo sus ropas, pero advirtió los ojos paralizantes del maestro. Usted sabe que estos libros los traigo del extranjero, verdad, muchos son regalo de ilustres colegas de todo el mundo, juriconsultos conspicuos, escuchó aquella voz apagada y serena. Claro maestro, qué ocurrencia, si todo el mundo lo sabe. El Poderoso, como también lo llamaban muchos sobones y rastros, continuó su recorrido imperturbable, inspeccionando los estantes con aire solemne, como una esfinge animada. Mientras tanto, el muchacho deslizo su mano por su vientre y sintió el hierro duro y frío.

A través de la ventana se podía ver cómo la ventisca agitaba caóticamente los árboles del parque. Las nubes oscuras se iban agrupando, tapaban el ocaso; el sol se resistía a morir. Un viento helado se colaba por cada resquicio de la habitación, propagando silbidos, voces fantasmales, indescifrables murmullos. Pequeñas partículas de lluvia se estrellaban en los cristales y en el parque una pareja de remolinos luchaba y expelían espirales de polvo. Te juro que no estuve con él, por favor, créeme, crees que tengo tan mal gusto, ni loca que estuviera, le había contestado Melissa con lágrimas en los ojos.

El maestro y el muchacho estaban solos en la casa. Eran las siete de la noche y en aquel barrio residencial todos permanecían ocultos. En la planta baja el bulldog destrozaba algún objeto, seguramente un zapato. Si gusta puede venir el sábado, nadie nos molestará, y con paciencia le mostraré mi colección. Okey, maestro, será un placer. Todo estaba listo, el momento había llegado. Súbitamente el Poderoso se apoyó en los estantes y, arrastrando los pies, retornó al escritorio y se sentó sobre el cuero gastado de su butaca. El muchacho lo vio ponerse nervioso, ansioso por algo; el rostro le cambió de color, tiró la cabeza hacia atrás, se tapó los ojos, se cogió la nariz. Esta maldita enfermedad, le escuchó decir amargamente. El maestro sacó papel de baño de uno de sus bolsillos, rasgó un pedazo y, embolillándolo, se lo introdujo en una fosa nasal. La sangre manó incontenible, manchando el blanco papel. Maestro, por favor, permítame, le dijo, y lo ayudó a mantener la cabeza reclinada. El muchacho contempló el cuello del maestro, escrutó su garganta fofa; después levantó las manos con decisión, si en este momento tuviera un cuchillo, pensó, y, haciendo un respingo, presio-

nó las fosas nasales del maestro. No te creo, puta, tengo amigos que aseguran haberte visto con él. Después de un rato cesó la hemorragia. Sacó su pañuelo y limpió cuidadosamente las manchas de sangre del Poderoso. Está bien, está bien, no se moleste, ya estoy mejor. No es molestia, maestro. Rodó el escritorio y fue a sentarse enfrente del Poderoso. Nuevamente su mano derecha resbaló por sus ropas hasta asegurarse que el arma aún seguía allí. La tocó y, lentamente, la empuñó. La fue retirando despacio. El maestro, reclinado en el asiento, permanecía en silencio, como ausente. Estuvieron un buen rato callados: él, mirando fijamente al maestro, y éste con la mirada perdida hacia arriba.

-¿Ya se siente mejor, maestro? -preguntó el muchacho.

-Despreocúpese, hombre, yo no soy una niña. Hierba mala nunca muere -respondió el poderoso con evidente fastidio-. Además, no me puedo morir en estos momentos; tengo muchas cosas pendientes.

Volvieron a quedarse en silencio. Sintió el metal duro, trasteó la cache, el percutor, el seguro, el gatillo; luego deslizo el arma progresivamente hasta posarla en su regazo. En tanto, el maestro se dispuso a levantarse.

-Por favor, descance -se apresuró a exhortar el muchacho-, deseo hacerle algunas preguntas.

-Pues bien, de una vez, qué espera, no tenemos toda la noche -asintió el maestro con incomodidad.

Veía el rostro macilento y avinagrado, que muchas veces le tocó enfrentar en la universidad, las ojeras flanqueadas por unas bolsas azulinas y la boca entreabierta que dejaba ver una dentadura sucia, escasa, encienque.

-¿A quién piensa dejar sus libros, maestro? -preguntó con indecisión.

-¿Cómo que a quién los pienso dejar? ¿Acaso un estudiante de Derecho es tan tonto de preguntar algo como eso? -respondió el Poderoso en tono burlesco.

-Disculpe usted, doctor, pero por ahí dicen las malas lenguas que la mitad de estos libros deberían estar en nuestra facultad -preguntó bruscamente el muchacho y, al instante, pudo ver la cara desconcertada del maestro.

-¿Cómo te atreves, muchachito estúpido! -reaccionó el maestro a la brutalidad de la pregunta.

-No se enoje, maestro -lo interrumpió el muchacho-, es cierto, eso dicen, y también dicen que usted se levanta a las graduando, maestro.

-¿Qué cosa?... Largo de mi casa... ¡Ahorra!... ¡Fuera!... ¡Hijo de puta! ¡Bastardo!... Ya vas a ver quien soy yo, te voy a enseñar... Qué haces, conchatumadre.

La pistola automática resplandecía en la penumbra con cada relámpago que surgía del cielo. El muchacho la tenía firmemente suspendida y la dirigía a la cabeza calva del Poderoso. Ahora podía ver su rostro pálido, su lividez y perplejidad eran patéticas, ridículas. El muchacho esbozó una sonrisa sardónica, que lentamente se le fue agrandando hasta convertirse en una sonora carcajada.

-Siempre soñé con este momento, maestro. No se lo esperaba, ¿verdad? El mejor alumno de la clase, el más tranquilo y sosegado, el hijito de papá, el hijo de su amigo y colega, ¿no? Pues, mire bien, ¿ve esta pistola que apunta directamente al medio de su frente? No se mueve casi nada, tengo la mano tan firme y estable como si estuviera apuntando a un perro sarnoso -pul-

só el percutor, que emitió un claro chasquido-. Mire, estoy decidido a enviarlo al infierno, ¿o es que desea hacer uso de aquella mente diabólica con la que consiguió casi todo en esta ciudad para persuadirme? Quizá pueda hipnotizarme, vamos intento, usted es el Poderoso, ¿he? ¿No se cree capaz, maestro? Vamos, hombre, cambie esa cara de estúpido. Que vergüenza, doc. Qué dirían sus amigos si lo vieran. A propósito, doc, ¿a cuántas chicas de la universidad engatusó y se las llevó a la cama? A diez, veinte, treinta, ¿cuántas, doc? ¿Cuántas, doc? ¡Conteste, carajo!

Otra vez el silencio. Por la ventana se divisaban las copas de eucaliptos, retamas y queñuales del parque, agitándose, chocando unos contra otros; el viento que se filtraba por las rendijas de puertas y ventanas reproducía voces, como llantos o lamentos. A lo lejos, se escuchaban los ladridos y aullidos lúgubres de los perros. Goterones de lluvia, impulsados violentamente por el viento, chocaban contra los cristales. De rato en rato, alguna centella iluminaba la débil luz de la habitación antecediendo al estruendo de un rayo potente y cercano. El rostro del maestro era como de cera y cuando el relámpago fulguraba en la habitación parecía derretirse.

-Parece que no quiere hablar, ¿verdad? A ver, haga de cuenta que está en una de esas audiencias donde usted muy orondo alardea de sus conocimientos. Por favor, levántese doc.

El maestro estaba lívido. Levantó pesadamente aquel vientre colosal que lo caracterizaba y pareció querer posarlo en la mesa. El muchacho continuó apuntando decididamente sin inmutarse. Hemos terminado y esta vez para siempre, imbécil, Melissa, espera...

En el exterior, el cielo se iluminaba a cada momento; el parque y las calles estaban desolados. Los relámpagos partían la lluvia a cada instante y los truenos sacudían a toda la ciudad con sus potentes explosiones.

-Quieto, quieto, maestrillo, no intente nada que para eso ya no tiene reflejos. ¿Sabe lo que voy a hacer después que lo mando a la mierda, doc? Me voy a llevar unos cuantos libros de su famosa biblioteca, doc. A fin de cuentas, cuando usted ya no esté, ¿a quién le va a servir esto? No me dirá que a su querida, hija. Nooo, doctor, usted sabe que lo único que le gusta a su hija es que se la tiren. Y a su esposa, tampoco doc; los vendería y se compraría muchas plantas. Y al alcohólico y maricón de su hijo, no joda, doctor. Ya ve, en estos momentos dónde andarán, usted les importa una puta mierda, doc.

La pistola quedó aun más firme cuando la sujetó con ambas manos. La movió de arriba hacia abajo, recorriendo verticalmente la humanidad del maestro, y la detuvo delante de su nariz. Los dedos índices del muchacho, paulatinamente, parecían contraerse. Los ojos del maestro estaban a punto de saltársela. Afuera, el viento y la lluvia se debatían en una lucha titánica. ¿Se acuerda de Melissa, doc? Claro que se acuerda, ¿verdad? ¿Cómo olvidar un culo como ese, no doc? Yo tampoco la puedo olvidar, doc. ¿Fue suya verdad, doc?... Fuiste suya, ramera...

Una luz cegadora invadió la ciudad, seguida por un descomunal estruendo cual bombardeo aéreo. La torrencial lluvia que se desató zumbaba encima de los techos apagando todas las voces y cubriendo la ciudad con un telón fluctuante de aguas incesantes. Los perros se echaron a ladrar, frenéticos. Abajo, por las losetas del parque convertidas en espejos de agua, débilmente se podían escuchar unos pasos presurosos y pesados como huyendo de la lluvia.

# La eternidad de Manuelita Sáenz en la poesía de José Luis Ayala

Nicolas Matayoshi

Con el auspicio de la Sociedad Bolivariana del Perú, el poeta puñeno, José Luis Ayala, nos entrega su poemario *Eternidad de Manuelita Sáenz*, hermosa edición que se inicia con la presentación de Gustavo Bacacorzo, presidente de la Sociedad Bolivariana del Perú: "...tiene una riqueza inconmensurable de hondos y depurados matices psicológicos o históricos, cuya naturalidad, ... en verdad conmueve a quienes conocemos cercanamente del mundo bolivariano..." y el historiador Juan José Vega en el Prólogo de rigor, después de dibujar la imagen histórica de Manuelita Sáenz, dice: "Los poemas de José Luis Ayala, ... Todo lo expresan respecto a la pasión que unía a Simón y Manuela. Esta pasión que condujo a que cierta vez Bolívar le escribiera: "No te vayas, así sea con Dios mismo..." Es así, como encontramos a Manuelita bajo la luna:

*He venido para preguntarle al tiempo  
en qué recodo de la dimensión cósmica  
de una fosa cualquiera fue arrojado  
el cuerpo y los sueños de Manuelita Sáenz*

En un somero correlato entre el personaje histórico y la poética de Ayala, se reconstruye, desde la poesía, la imagen de esta extraordinaria mujer del siglo XIX, llamada "la Libertadora del Libertador":

Manuelita Sáenz nació en Quito, en 1797. Y El poeta quiteño Pedro Aguirre, la describió así:

*Hermosos ojos y la boca traviesa "que brinda  
entre coral y nácar", "un veneno que da vida y una dulzura  
que mata",  
"arco de amor sus cejas", "cuyas flechas tiranas  
ni quien se defiende es cuerdo  
ni dichoso quien se escapa."*

Y Jean-Baptiste Boussingault, un profesor de ciencias francés que Santander trajo a Colombia en 1824, la describió así: «Tendría 29 a 30 años cuando la conocí en toda su belleza. Algo gruesa, ojos negros, mirada indecisa, tez sonrosada sobre fondo blanco, cabellos negros, artísticamente peinados y los más bellos dedos del mundo [...] era alegre, conversaba poco; Fumaba con gracia. Poseía un secreto encanto para hacerse amar», encanto que terminó subyugando al libertador Simón Bolívar, quien en octubre de 1826 en una carta le hace una galante declaración:

*"El altar que tú habitas no será profanado por otro  
ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú  
me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de  
Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y nomás. No te  
males. Vive para mí y para ti: vive para que consuertes a los  
infelices y a tu amante que suspira por verte..."*

Para el poeta José Luis Ayala, Manuela Sáenz tiene el rostro de la memoria que busca resurrección: *La noche busca en antiguas tumbas  
y humedad del suelo la osamenta fresca  
que ha conservado el perfume a rosas  
del sensual y perfecto cuerpo de Manuela...*

Y en otro poema la describe como un personaje cósmico, inmenso e inmarcesible:

*Pero Manuela es el mar, el aire, el pólen,  
la sal, el fuego, la poesía y la eternidad.  
Ya no podrán destruir su clara presencia  
ni su sonrisa parecida a un poema...*

Manuela Sáenz de Thorne, convencida patriota, de quien, uno de los biógrafos de Bolívar, Alfonso Rumazo Gonzáles, narra su primer encuentro con Bolívar el 16 de junio de 1822, la describe:

*Tiene la bella quiteña venticuatro años, ojos negros  
de gran pasión, piel blanca, rostro ovalado, cabellera  
muy abundante, oscurísima, partida en dos y un pecho de  
admirables turgencias. Luce en el baile la banda de  
Caballera del Sol, condecoración otorgada poco antes en  
Lima por el General San Martín a la valerosa mujer en  
reconocimiento de los servicios que prestara a la libertad..."*



«La silla» de Alain

Esta extraordinaria mujer, casada "para molestiar y reírse de la aristocracia quiteña" con el inglés Jaime Thorne, tuvo el atrevimiento de romper con la pátula moral colonial. Su fuerte personalidad y las intrigas políticas polarizaron opiniones y se hizo acreedora de diversos sobrenombres como: «La Sáenz», «La libertadora de Libertador», «Amable loca», «Manuelita la bella», «la Bastarda». Además, el poeta José Luis Ayala le confiere el último sobrenombre, reinterpretando semánticamente su propio nombre:

*Es una palabra recién creada por el mar  
sencilla como la madera de los saucos  
y encorvados en los límites de la vida.*

*Una palabra en cuya sangre arde el sol  
cuando el tiempo regresa de los riscos  
y el eco repite las voces de la ausencia.*

*Esa palabra mágica llena de ternura  
no es otra que el nombre de Manuelita.*

En octubre de 1823 fue incorporada en forma oficial al Estado Mayor de Bolívar, a petición del coronel Daniel O'Leary. Fue encargada de los archivos personales del Libertador y se le otorgó el grado de coronela, por lo que vistió casaca azul, vueltas y cuello rojos, durante las campañas, aunque continuaba vistiéndose con elegancia y sensualidad para los grandes agasajos.

Producto de las intrigas políticas, Bolívar sufrió varios atentados contra su vida: Manuela Sáenz logró salvarle en dos ocasiones. El primer intento fue en el mes de agosto de 1828, en la fiesta de máscaras en el teatro El Coliseo (Colón), del que se salvó gracias a la acción involuntaria de Manuela. El segundo intento fue el 25 de setiembre, en el Palacio de San Carlos. Uno de los conjurados narra de Manuelita: "Nos salió al encuentro una hermosa señora con una espada en la mano y una admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó qué queríamos." Estos hechos son descritos por el poeta Ayala del siguiente modo:

*No falta quien odie a Manuela Sáenz  
sólo por haber amado a Simón Bolívar.*

*No le perdonan haberle salvado la vida.  
Decir: de vivo lo amé, de muerto lo venero.  
Menos por defenderlo del oscuro olvido  
y las calumnias veridas por arácnidos  
que se esconden detrás de los discursos...*

En 1830, Bolívar presentó renuncia a la presidencia y murió el 17 de diciembre de ese año, en Santa Marta. Desde su partida, los ataques contra Manuela se intensificaron, se realizaron una serie de actos mezquinos, y acusaciones oprobiosas mediante carteles, «papeluchas» y actos como la quema de dos muñecos en la fiesta del Corpus Christi, en los que personificaron a Manuela y a Bolívar bajo los nombres de Tiranía y Despotismo. Sin embargo, Manuela recibió el apoyo del sector que menos esperaba, las mujeres: «Nosotras, las mujeres de Bogotá, protestamos de esos provocativos libelos contra esta señora que aparecen en los muros de todas las calles [...] La señora Sáenz, a la que nos referimos, no es sin duda una delincuente». Tal vez, motivado por ello, el poeta José Luis Ayala dice:

*Vuelve a la vida en el aroma de los frutos,  
llega con el fecundo aliento de la primavera,  
se sienta, otra vez, en la puerta de su casa  
y acaricia a sus canes que tanto la esperan.*

*Regresa de la muerte para perdonar  
a quienes la odiaron y la enterraron viva...*

En los últimos días de 1830, Manuela emprendió el viaje hacia Santa Marta para cuidar la salud de Bolívar, pero sólo llegó hasta Honda. Allí recibió una carta de Louis Peru de Lacroix, un joven veterano de los ejércitos de Napoleón, edecán del general hasta hacia poco, que decía: «Permítame usted, mi respetada señora, llorar con usted la pérdida inmensa que ya habremos hecho, y que habrá sufrido toda la república, y prepárese usted a recibir la última fatal noticia» (Bolívar había muerto ese 18 de diciembre de 1830). Curiosamente, en el testamento del Libertador, fechado el 10 de diciembre de 1830, firmado ante el escribano público José Catalino Noguera, no hay una sola mención a Manuelita. Pero el poeta describe la herencia del libertador, su amante:

*Tenía en la mirada una aguda tristeza  
un collar con perlas de las Antillas  
un secreto cofre con cartas de amor  
e infinitas ganas de volver al Ecuador.*

Pero no había sido recibida en Guayaquil y obligada a salir de su patria, continuó viaje a Paita, donde se instaló definitivamente. Allí, en un desvenajado edificio, se leía: «Tobacco. English spoken. Manuela Sáenz». José Luis Ayala levanta su voz y reclama:

*Pero insisto en llegar hasta los páramos  
donde ahora sé que nadie me espera  
y están inubicados los restos humanos  
de aquella mujer que vendía tabaco  
en su pobre tienda hecha de madera...*

*Vengo a reclamar en nombre del Perú  
los derechos que le negaron a Manuela*

La pobreza y la invalidez fueron sus últimos verdugos. Así, inválida, acompañada por Simón Rodríguez (el Maestro del Libertador), quien también terminó su vida en Paita (1854), murió el 23 de noviembre de 1856. Ayala escribe:

*Estuve en Amotape sólo para recoger  
la voz del maestro Simón Rodríguez.*

*Indagué entre osamentas del templo,  
llamé uno a uno a todos los muertos.  
Y al no saber qué contestare\*  
también se pusieron a llorar conmigo.*

El poeta José Luis Ayala describe el terrible instante de la muerte de Manuelita:

*"No volveré a mi casa si nadie me dice  
cuándo llegó la peste que besó a Manuela  
antes que acabara de soñar con Simón..."*

Acerca de la primera y última noticia del autor

Hurgando en las páginas hallé un curioso testimonio biográfico de Marcelina Parra. Veamos algunos pasajes:

«Cuando abrió los ojos, Juan Cristóbal vio una callejuela por donde volaban luciérnagas y duendes aldeanos. Cuando tuvo uso de razón, es decir cuando su padre le dijo: "Eh, idiota, ven aquí", era el tiempo de Huancayo y la Guardia Civil. Después JC entristeció (a pesar de su madrina) y reconoció trenes y ríos en Chosica. ¿Cuál fue su desdicha? El asma, dicen varios; mas él trató de descifrarla como algo útil, pero fracasó y ello lo condujo a la bancarrota de las simpatías. Acabó de estudiar a los 16 años: ya bebía y eso fue (para él y su familia) como si el primer hombre de las cavernas hubiese sonreído.

Luego voló a España a estudiar medicina. ¿Cuál fue su mejor examen? Fue en una tasca, junto a "bellas prostitutas"; pero una noche de espantos de conciencia perdió el diploma. Después lo recuperó gracias a tahúres y toreros. A su retorno, el avión casi cae en el país de los dulces cocodrilo. Algunos suspicaces creen que fue el miedo el que lo llevó a la pudorosa poesía.

En Lima conoció a un estudiante a quien le llamaban *El Tulipán Negro*, el cual le habló de Marx y Engels como buenos conocedores de almas y de vinos en sendas desconocidas, y que alguna vez habían dicho "Proletarios del mundo, uníos". Lo cierto es que, sin conocer esto de los camaradas, JC ya había repartido volantes clandestinos por las plazuelas de Madrid ayudando a un viejo carnicero.

Fruto de todo ello conoció un banco... pero no de madera. Al final de su

vertiginoso viaje por las porosas calles de nuestra capital, los diarios empezaron a llamarlo "el chofer de los ojos almendrados", y esto mientras JC cantaba a dúo (con su conciencia y un amigo) "A la Molina no voy más...". Y como no le dieron posibilidades de seguir buscando documentos antiguos Bajo el Puente, se marchó a Chile donde era aún el tiempo de la lluvia. Ahí conoció al poeta Teillier, quien vivía arruinado por la poesía, lo cual es un honor. Tres veces estuvo a punto de viajar a los lagos del sur, pero tres veces se quedó en la Estación Central, porque "justamente acababa de salir el tren".

A su vuelta amó, pero de poco le valió: igual fue a conocer la sensación medieval en las paredes. Allí entendió mejor que antes que el pueblo vencerá algún día a los enemigos del pueblo.

Al concluir *El Ovario de los Inocentes*, JC residía en la palabra del mudo, pero dijo "¡Abajo Trotsky! ¡Viva el cholo Sotil! ¡El deber de todo poeta es hacer la revolución!", y comenzó de nuevo a vivir. Ahora sabe que la lucha es de todos los pobres del mundo... Cree, por supuesto, en el internacionalismo proletario, y se identifica con el Che en toda la extensión de la palabra.

#### De Piélagos y otros datos

JC nació el 20 de octubre de 1941. Ingresó a San Marcos en 1960. Se presenta a Medicina, pero no ingresa. Entonces se va a España y allá estudia un año de Medicina. Como no le gustó -a pesar que le regalaron un esqueleto- regresó e ingresó a Letras a estudiar Literatura. Paralelamente militó en el MIR y fue integrante y activo animador de la revista *Piélagos*.

# JUAN CRISTÓBAL O la Defensa de la

Rosina

#### Disquisiciones

La obra *En los bosques de cervezas azules* (Antología poética personal 1971-1999; Editorial San Marcos, Lima 2001) de Juan Cristóbal (seudónimo de José Pardo del Arco), está dividida en tres: I Libros editados, desde *El osario de los inocentes* (1971) hasta *Los rostros ebricos de la noche* (1999); Libros inéditos: *Memoria de lo infame* y *Las armas de la memoria*; III Inéditos (no reunidos en libros). En cada uno de sus libros (como en la propia existencia de este aeda) se mezclan bipolares dimensiones /obsesiones, diversos astros y fantasmas, claveles y barro, nobleza y soledades, solidaridad y machismo, logros e interrogantes. Los personaje-individuos devienen en ese reflejo que el mismo sujeto proyecta con frecuencia por instinto de sobrevivencia o rechazo, más allá del cual el hombre real vive y fallece en el complejo desafío que es la vida, fundamentalmente la de los condenados de la tierra.

A propósito de este libro, platicué con el autor y él confesó que escribe para vivir y morir bienamente y no dejarse morir en vano como un simple "inquilino en la tierra" al decir de Nazim Hikmet.

Juan Cristóbal desde hace seis años es profesor de literatura y por razones de enseñanza ha tenido que aprender las características, nacimientos, desarrollo de las escuelas o movimientos literarios, pero cuando comenzó a escribir (desde 1955 aproximadamente) no conocía nada de eso, así que escribió y escribió y no sabía en qué orilla estaba; ahora tampoco lo sabe, cree que su poesía tiene de todo un poco, como en la botica de la abuela, buena para el dolor de cabeza. Empero en testimonio que asoma en las solapas del citado libro JC enfatiza: *Mi poesía tiene dos vertientes: la poesía onírica, lárca y la marginal. Onírica por la influencia surrealista, lárca, por el Dios Pan: vuelta a la tierra, a la naturaleza, al hogar paterno, a la infancia, rebelión contra la ciudad. Marginal, por vivir solo, encerrado en uno mismo, al lado de los seres y lugares más olvidados de este mundo, junto a las hipocresías y traiciones de los hombres, viviendo la esperanza desde el oscurantismo y la desesperanza. Y la del compromiso político-ideológico, que es el compromiso con la humanidad y el socialismo, que aún existe a pesar que algunos desean desaparecerlo, infructuosamente.*

## EL REZO

I  
*Padre Wiracocha, rey de los principios, rey de las memorias.  
Hacedor del viento y de las nubes escondidas en la tierra,  
y de las ollas viejas oxidadas en la casa.*

*Viejo príncipe cuidador de ovejas y de gatos. Dime.  
Antiguo hacedor de hamacas y de misteriosos manantiales.  
¿Dónde brillan ahora las estrellas rojas de tus ojos?  
¿La vida y los sueños entrañables de tu infancia?  
¿La voz suave de la hierba? ¿Los gallos en el techo de tu esposa?*

*Viejo Padre Wiracocha. Rey de los principios  
y Hacedor del viento y la memoria.*

## II

*Y, tú, Adaneva, padre de los ríos, de los cielos y las piedras.  
Que viviste antes que las pieles en el fuego.  
Antes que los platos en la lluvia.  
Y que los zorros caminando por la aurora. Dime.  
¿Dónde escondes tu sueño de vizecha? ¿Tu memoria de lagarto?  
No te pregunto por tu hijo (el Mañuco) que nació sin cabeza en los espejos  
De las aguas, y que tú para que no lo vieran los parientes de tu esposa  
Lo desapareciste en la guarida miserable de los cuervos  
Alimentándolo con yuca podrida de la historia.  
No. Sólo te pregunto por tus ojos verdes de cordero.  
Por la dulzura tierna de tus flores.  
Porque tú sabes a qué chucha me refiero. Padre de los cactus.  
Y porque no es mucho preguntarte por la vida. Por el fuego.  
Incommensurable de tus ojos. Por la cal.  
Deshecha de las celdas. Por la ortiga podrida de la escuela.  
Y por los zorros caminando cual una sombra  
Por el cielo empobrecido de la estrella.*



## TERCE

*Río Purucayo, padre de todas las  
de todas las codicias y rigores  
¿Qué haces vomitando tus secretos  
entre las nubes milenarias d  
¿A quién tratas de asustar, con tus  
escupiendo arañas, troncos  
¿Acaso ya no tienes compasión pe  
por los surcos de la rosa, po  
¿O es que ya no recuerdas cuando  
en el barrio, y nos tomábam  
mientras dibujábamos en el  
Es verdad, yo no he conocido el p  
ni la serenidad voraz de tus  
pero sí tus latidos en el horiz  
Y los conocí -te cuento- de una m  
no como ahora en que todo  
y los sueños son solamente  
un templo a punto de caers  
Pero no importa, padre de todas l  
Yo me quedo con la fuerza de tus  
con tu estrella que no se ope  
al corazón de los venados,  
ni a las leyendas de la hogu  
ni a la imaginación fatal de  
Pues todo sigue estando en ti a pe  
el mismo que fuiste en las q  
cuando tu palabra era la m  
Lamentablemente, vuelvo a llegar  
a las chimeneas profundas.  
Pero esto, tampoco importa. Pues  
es solamente un tránsito en*

# L: ¿AL MARGEN? condición humana

## Valcárcel

Juan Cristóbal es un poeta inmenso, cuya inmensidad que nace en los intersticios de la marginalidad, presente en su discurso poético, el cual, asumiendo la poesía popular, va abriendo los pétalos de la vida, para decirnos que la vida no es sólo una sino múltiple, y que en ella hay que buscar la esencia del vivir.

En su obra, no sólo hallamos el vacío y el horror que sienten aquellos poetas que ven que el mundo les es cada vez más ancho y ajeno. Como todo poeta de la acción colectiva, descubrimos fundidos en sus letras el sol de la calle y la metáfora de las esquinas orladas de cerveza. Como miembro de un sector de la generación del 60, crecida entre la estoica militancia, él nos entrega un discurso poético que vertebró la vida cotidiana con la remembranza, la visión de los vencidos y el amor.

Es tributario de poetas de gran aliento como Nazim Hikmet, Bob Marley, Martín Adán, Gustavo Valcárcel, Jorge Teillier, Juan Gonzalo Rose, entre otros. Y, a veces, su expresión llega a momentos épicos. ¿Acaso no es épica la vida de los marginales y de los revolucionarios? Es por eso que su pluma trasunta el vuelo del sol, en la búsqueda de los caminos que por-

mitan tomar el cielo por asalto. He aquí el motivo esencial por el cual el poeta asume el riesgo de plasmar vida y obra.

A pesar que en su poesía existen matices pesimistas sobre la existencia, hay que reparar que no es el escepticismo de aquellos que perdieron la visión de la esperanza. Tal vez al igual que Baudelaire en *Las flores del mal*, el pesimismo de Juan Cristóbal sea respuesta ante el horror del capitalismo, el cual convierte a los seres humanos en objetos.

Ante esta cosificación el poeta arremete, en última instancia es la voz de los marginales, es el grito de protesta que nace tanto en las usinas como en los bares. Como si interpretando el mundo pudiéramos transformarlo, he allí la piedra filosofal de este alquimista de la palabra.

Las huellas del fuego, nacida en los extramuros de la existencia marginal es la clave para comprender a Juan Cristóbal, el cual en todos estos años de muerte y desolación ha seguido persistiendo en los sueños de la edad de oro. Quizá esta sea una de las razones por las que él es soslayado en varias antologías, y no sea parte del Partenón de la cultura oficial. Mas bien, él es integrante de toda una tribu que ha

comprendido que el elan vital se origina en la lucha constante del gueto.

Toda la obra de este poeta se haya cruzada por la esperanza y el infortunio, por la amistad y la remembranza, por la vida y la muerte. Antinomias que nos retrotraen hacia las sendas de la filosofía del arte, entendiendo que esta no es sólo un concepto vacío y erudito, más bien es todo lo contrario, puesto que su significancia se puede encontrar en la historicidad de las contradicciones sociales.

Es esto lo que marca a su yo poético, lo que da valor a sus formas particulares de interpretar el mundo, es la razón que enciende la sangre de las utopías y que halla en la vertebración de los múltiples discursos de la calle, la razón única de su existencia.

Esto lleva a preguntarnos ¿cómo entender a un poeta?, ¿cómo sentir su poesía? La respuesta puede ser dada sólo en la medida que en su obra se sientan las hondas confluencias de la humanidad, la tragedia y la épica. La raíz que permita encontrarnos con nosotros mismos, formando parte de una colectividad creativa.

La cultura dominante y sus mediadores nos dan una percepción de los marginales, propia del sensacionalismo y de las páginas amarillas. Incluso ha creado toda una serie de términos para graficarlos de "fatalistas, anómicos, anodinos, etc." Sin embargo al igual que Gonzalo Rojas, Juan Cristóbal los reconceptualiza desde categorías verdaderamente humanas. Existe en su poesía, la lucha constante contra "la verdad oficial", por darle su real contenido. Es la otra parte de la humanidad, ergo la mayoría, la cual a pesar de la catástrofe de la dominación sigue soñando y haciendo su camino propio.

Aunque sus líneas estén llenas de desvaríos y horizontes suicidas, la poesía de Juan Cristóbal no es un canto de la desesperanza, es lo opuesto, en ella se palpa la adhesión racional y emotiva a los ideales que dan vida, a la lucha por un mundo mejor para todos y que de individuos podamos convertirnos en seres humanos.

## Coda ¿Búsqueda de la lámpara o la defensa de la condición humana?

Pareciera a veces que tras la voz poética de JC se oculta la sutil búsqueda de una lámpara mágica, pero no nos confundamos, lo que el autor enfatiza en las variadas inflexiones de su misma voz es más bien la defensa suprema de la condición humana. Por ello hallamos en la obra de JC una predisposición para recibir y hacer suyo lo que estima auténtico o válido en el universo de las culturas populares, elevando así la condición históricamente marginal (por la dominación de la cultura hegemónica sobre las culturas subalternas) a la condición humana (desalienada), como si la energía de la poesía tuviera tal fuerza capaz de purificarnos y ennoblecernos. La poesía nacida de los hechos cotidianos y de las emociones o estados de ánimo de angustia, dolor, soledad, desesperanza y locura nos redescubre, nos reconoce así como seres humanos y nos libera. Sólo el que ha sufrido bajo las tinieblas puede saltar y alcanzar la luz; sólo el que ha soportado el vacío puede acariciar los valores y de este modo puede desenajenarse, recuperar su condición humana y trascender.

## REZO

arpientes y batallas,

la aurora?

vejas tempestades,

matorrales como cancha?

los vientos de la aldea,

los manantiales de la historia?

niño, todos te amábamos

las fotos en tus piedras

cielo tu sonrisa?

dolor de tus mañanas,

rtigas,

onte de mis años.

nera inacabable,

prontamente se termina

en encanto de la lluvia,

al infierno de los días.

s batallas.

guas,

te

ra,

los olvidos.

ar que ya no eres

ebradas

ma voz en los nevados.

uarde a tus miradas,

jubilosas de tus huellas.

el morir

la vida.



## CUARTO REZO

Padre Sol, tú que conoces la vida y todos los destinos,  
y que has sufrido las peores inclemencia de la tierra,  
los peores castigos de los hombres, las más atroces  
necesidades de los vientos,

No me vengas que vas a llegar tarde a la víspera del cielo,  
a sufrir, con los animales desaparecidos en la niebla,  
los últimos y menudos aguaceros de la luna.

Recuerda: el tiempo se desvanece en el corazón de los ausentes  
y cada colibrí, si desea entregarnos los mensajes  
no debe quemarse tontamente en la sequía de los mares.

No me digas que no conoces las montañas,  
los riachuelos de los cerros, los cóndores del aire,  
al que se escondió detrás de los comienzos  
y su vida fue la misma incertidumbre de los gallos.

No te olvides, tú existes, padre Sol, en todos los ojos y techos de las celdas,  
en cada palabra del proscrito,  
en cada condena o mirada del enfermo,

Pero sobretodo, y machácatelo bien en la cabeza,  
existes, porque todos te queremos, y temblamos de alegría cuando  
te escuchamos levantar árboles y flores en el bosque.

Y si tuviese que añadir algo más a estas razones de milagro,  
diría: existes, porque jamás te has dejado cojudear  
con los resplandores de los dedos.

Por eso, yo te pido, desde esta desventura alegre de mi oficio, ahora que vivimos  
los días más desfigurados de la historia,  
que jamás me ocultes los cantos de los grillos,  
y que llegues siempre a tiempo, especialmente  
cuando la soledad nos mira, con su cara de espantapájaros podrido.

No es verdad, como dicen las malas lenguas en el día,  
desde la orilla injusta y chismosa de los ríos,  
que la tierra se ha enfriado y que tú  
ya no tienes nada que hacer en este mundo  
menstruado de llantos y tiranos.

Al contrario. Como ves, sobre el lago flotan los cadáveres,  
y hoy es cuando más te necesitamos.

Porque tenemos la certeza, la indubitable certeza de los tiempos,  
Que la muerte ronda como una lagartija por todos nuestros huesos.

# Javier Heraud, La Florida, Los ríos... Los eucaliptos

Héctor Meza Parra

## Presencia de Javier en Tarma

Diversas revistas tarmañas, por nombrar algunas como "Alma y paisaje", tribuna del pensamiento tarmaño, en su edición extraordinaria del mes de julio de 1972, número 4, "Canto a Tarma", antología poética publicada por el Instituto Nacional de Cultura de Tarma en 1982 y el libro "La Perla de los Andes", publicado en 1993 por el Dr. Karl R. Bernard, insertan en sus páginas los versos de Javier Heraud:

### Poema

El valle de  
Tarma es grande.  
Pero más grande  
Es mi corazón  
Cuando lo miro,  
Pero más amplio  
Es mi pecho cuando  
Aspiro aire aire,  
Cielo y cóndor  
Martes y jueves  
Más grande que el  
Río es el hombre,  
Más grande que el  
Valle son los ojos  
De tantos caminantes  
De costado.

En el libro "Javier Heraud, poesías completas y homenaje", publicado en 1964, en conmemoración al primer año de su muerte, ocurrido en Madre de Dios (Ediciones de la Rama Florida, Industrial Gráfica S.A. Pág. 149, se incluye dentro del poemario, que lastimosamente Javier no vio publicarse y del cual posiblemente carecía de título. Por lo mismo, *El poema a Tarma* en la selección se encuentra bajo el título de "Poemas dispersos".

Javier Heraud forma esa legión de poetas consagrados muy tempranamente. A los dieciocho años de edad publica su poemario *El río* (1950) dentro de la colección de Cuadernos del Hontanar dirigido por Luis Alberto Ratto y Javier Sologuren. Seguidamente publica su poemario *El viaje*, libro que obtuvo el Primer Premio en el concurso "El poeta joven del Perú". En diciembre del mismo año, premio que fue compartido en el mismo puesto con César Calvo y póstumamente recibió el Premio de Poesía en los Juegos Florales, convocado por la Federación Universitaria de San Marcos con el poemario "Estación reunida".

### Javier, su padre y yo

Javier Heraud se instaló transitoriamente en Tarma en el segundo semestre de 1960. El 20 de enero de 1994 conocí al Dr. Jorge Heraud Criset, llevado por esa emoción reprimida y a la vez bravía de saber y escuchar de sus labios facetas ignoradas de la vida de Javier, sobre todo inquirir en cuanto a aquel poema dedicado a Tarma. Siempre me había dado vueltas a la cabeza el porqué se quedó temporalmente en esta ciudad. Yo vivía en Lima. Recuerdo que tuve que escaparme un par de horas de la universidad para conquistar aquella inquietud. En realidad yo no conocía la casa del poeta, pero por esa magia que suele sucedernos una vez en la vida y que más parece fábula, al poco rato me encontraba sentado en la sala inexplicablemente. Vi salir al señor Jorge, padre de Javier, hablando lento desde la entrada con un acento amable. Me invitó a sentarme con un breve guiño de ojos. Se mostró conversador y hospitalario e intuyendo mi interés interpretó mi emo-

ción escondida, palmeándome la espalda con esa confianza de amigo. Él leyó en mis ojos todas las preguntas y sin demora alguna, empezó a relatarme hechos anecdóticos de la vida de Javier. Fue explícito en las fechas, lugares y apellidos. Debo reconocer su fresca memoria. Luego de una media hora de conversación se paró

y me obligó a hacer lo mismo. Me mostró una cantidad inimaginable de fotos de Javier y de la familia. Le pedí que me enseñara la habitación del poeta, ese cuarto pequeño donde él era el dios. No esperó que terminara de hablar y a los pocos segundos me encontraba subiendo las gradas hacia el segundo piso. Yo ingresé segundo. Al topar la puerta sentí la fuerza vibratoria de una mano inmensa que me acogía, llena de entusiasmo infantil. Al frente estaba su terno plomo con rayas blancas despidiendo el perfume inofensivo de la naftalina. Las cosas estaban como los había dejado ese día jueves, es decir, allí estaban sus libros de su preferencia, muchísimas revistas *Selecciones*, su pupitre y la silla de cedro con elegante austeridad del barniz. A un costado, un florilegio de firmas de poetas y escritores puestas en una pizarra. Entonces, como es natural, sentí el llamado de Javier invitándome a tocar las maderas, palpar sus costados, jugar con las gavetas y Javier se confundió conmigo en un entrañable abrazo. "Feliz cumpleaños", le dije, si hermano gracias, pero fue ayer y si me acuerdo, me respondió complacido. ¿Puedo sentarme en tu silla?, con toda confianza Héctor, pero apúrate que el tiempo te puede ganar, recuerda que has dejado tus clases, me dijo despacio casi al oído. En realidad no tenía la intención de moverme hasta que su padre en tono de orden deletéreo, "si me acompaña por favor" Entonces tuve que despedirme muy rápido con un sacudón de manos dejando aquel libro de Machado dentro de su inmenso saco. Me levanté y don Jorge me mostró ya fuera del cuarto una lámpara que Javier había trabajado en sus ratos de ocio, estaba algo descuidada. Regresamos a la planta baja y sobre un mostrador había muchos diplomas, fotos desgastadas y trofeos con algunos apuntes hechos sin rigor: "Primer lugar en esto... Primer puesto en... Primer lugar... en todo. En ese instante, grité hacia arriba, sabiendo que Javier estaba estudiando: "Eres un trompe hermanón". Por desgracia, la voz allá arriba me recordó que hace cinco minutos había empezado mis clases aburridísimas de morfotaxis II y que el profesor César Castañetti me esperaba junto a su guadaña. Salí apresuradamente casi sin despedirme. Tomé el rumbo hacia el Parque Kennedy, miré el reloj y resolví vagabundear por la avenida Larco. Esperé a que oscureciera y sigilosamente entré al internado. En ese momento, se me vinieron como cataratas



muchísimas preguntas que me olvidé formularlas. Estirado en mi cama, casi desnudo, sofocado por el pegajoso verano, solamente con mi short holgado me puse a fumar un cigarrillo mientras leía «El río». Al frente estaban Marco Cabrera y Pedro Hernández,

escribiendo sonetos. Se me ocurrió comentarles la experiencia vivida. No les cayó muy bien la noticia. Pero para remediar la omisión les propuse que el próximo domingo iríamos, sin embargo, ellos insistieron que no había mejor fecha que "el ahora" tuve que disuadirlos con algunos disparates. Como era lógico se callaron y vi que de inmediato se disponían a escribir poemas contra la vida y contra mí.

### El regreso a la casa de Javier

El sábado doce de febrero regresamos Pedro y yo. Marco, por desgracia, estaba con cólicos, torciéndose en el camarote. No le dimos importancia, "ni a mi mujer le hago caso cuando le llega su mes", dijo Pedro. Esta vez llevamos una cámara fotográfica y papeles para los apuntes. Llegamos más rápido de lo que habíamos pensado: un amigo nos dio un aventón con su Honda. De inmediato tocamos la puerta, salió la empleada, preguntó qué deseábamos y al responderle ella nos pidió que regresáramos dentro de media hora. No explicó razones. Sin embargo, continuamos parados en la esquina, sudando bajo los 36 grados.

Con el cronómetro en mano regresamos exactamente luego de media hora (como nunca ese día nos distinguimos por ser puntuales, luego nos felicitaríamos) volvimos a tocar la puerta y salió el señor Heraud, contundentemente amigable. Le presenté a Pedro y él nos presentó a su otro hijo Gustavo, hermano menor de Javier, quien permaneció silencioso y algo mortificado por nuestra presencia. Yo vi a Pedro en ese momento devorar con la mirada todo su entorno, aspiraba todo el aire que podía de la sala, se paró sin ser invitado y recorrió esquina por esquina, husmeando y tocando con entera libertad. Me sentí incómodo porque daba la impresión que se iba a llevar algo y sólo logré indicarle con los ojos que se sentara y fuera más discreto y él me devolvió la misma mirada levantando los hombros. Estaba a punto de subir al segundo piso cuando inmediatamente empleé mi enérgica voz: "Pedro, espérate. Luego sube" -sentí su odio atravesar por mi cráneo.

### Poemas que todavía no se conocen

El señor Heraud me permitió conocer facetas desconocidas de su hijo, el poeta,

algunas anécdotas, su pasión por las letras y las mujeres, por el deporte y los viajes largos y allí lancé mi única pregunta:

-Doctor, ¿por qué Javier le escribió un poema a Tarma?

-Ah, fíjese -me contestó- se lo voy a contar gustosísimo. A Javier le encantaba viajar y él ya había tenido conocimiento de La Perla de los Andes por parte de mi yerno el señor Otero, esposo de Cecilia, vio algunas fotos de las hermosas campiñas de Pomachaca, Acobamba y creo que Vilcabamba y fue entonces que Javier decidió proponerse este viaje para vacaciones, es decir para los últimos días de julio y los días siguientes de agosto del 60. Nos fuimos con toda la familia y nos alojamos en la suite presidencial del Hotel de Turistas (hoy Hotel Los Portales). Él tenía dieciocho años cuando se enamoró de Tarma, y sabe ¿qué es lo que más le llamó la atención?... esas estrellas pulcras y brillantes incrustadas en aquel cielo serrano cuando llegaba la noche. Él se quedaba mucho tiempo en el balcón contemplándolas y murmuraba como cantando. Usted sabe, era un poeta y había que respetar su silencio. Había momentos que levantaba el dedo índice y se ponía a contar los eucaliptos. Por las mañanas él era el primero en levantarse y se salía del hotel a eso de las seis. Cuando el frío se volvía más amistoso se iba a caminar por Hualhuas, la Florida, Pomachaca y Acobamba. Regresaba muy sudoso y muy contento trayendo muchas hojas de eucalipto y retamas. Luego se ponía a charlar interminablemente, hasta el cansancio. Me decía que había conversado con muchas mujeres del campo y del mercado, que había conocido a muchos niños tímidos. Entonces al parecer fue en esas circunstancias que engendró el poema dedicado a Tarma. Luego de estar por unos diez días en Tarma nos fuimos para la selva y conocimos todo el valle de Chanchamayo y Oxapampa. Pero le voy a decir algo, Javier dejó mucha poesía escrita y más de 500 cartas. Sin embargo, a uno le van venciendo las canas y en fin, (don Jorge suspira frotándose las manos) pero le voy refiriendo que mi hija Cecilia tiene en su poder todo aquello que le mencioné, es más, está trabajando en el próximo libro de Javier, de seguro allí estarán sus cartas, poemas, homenajes poéticos, colegios que llevan su nombre, instituciones culturales, canciones dedicadas a Javier. Allí usted se enterará de muchas cosas inéditas, ojalá me alcancen los años.

Eran las ocho y media de la noche Pedro y yo le pedimos tomarnos una fotos y él dijo: "sí, pero con mi esposa". Una vez terminada esta tertulia amena le entregué un poema mío con una hojita de eucalipto. Don Jorge se emocionó y abrazó más fuertemente a doña Victoria y ambos nos acompañaron hasta la puerta. Al salir, el padre de Javier nos dijo: "Esta casa ya no es mía, es la casa de los que quieren a Javier. Porque en realidad, quizás la selva, Tarma, sus pueblos, y sus asustados ríos, de alguna manera hayan olvidado al poeta guerrillero, sin embargo, él nunca ha podido olvidarlos".

### Heraud paseando con los eucaliptos

"Un eucalipto, alto  
espigado, contiene  
para siempre mi corazón.  
Eucalipto,  
alto germen de la  
tierra, espiga y piedra  
de ricos,  
fruto eterno y sagrado  
de los hombres.

Bosques, valles,  
campos y quebradas, quebradas  
que bajan  
como un hombre  
quebradas que bajan  
en los pechos,  
sombras que descienden  
como cuerpos,  
sombras que descienden  
como sombras"  
(Poemas dispersos, 1961)

Poema éste que con certeza lo compuso al quedarse admirado de la campiña La Florida en la ex hacienda del hoy actual propietario José D'effiano, poema inspirado en el eucalipto más antiguo de Tarma con más de 110 años de antigüedad, que la familia de Francisco Paula de Otero plantó al ser traído desde Australia. Este poema ahora constituye el patrimonio de la naturaleza muda.

Javier Heraud, además prometió regresar a esta campiña, si le alcanzaba la vida. Esa cuota de recuerdo por el firmamento serrano y sus árboles, me dijo su padre, lo atraía siempre:

"Lentamente caminé  
por la ciudad  
y por sus calles.  
Cálidas piedras sostenían  
mis zapatos,  
sostenían mi cuerpo  
tiernas manos anohecidas  
como estrellas."  
(Poemas dispersos, 1961)

En realidad, Tarma es una ciudad, que fue tapizada con eucaliptos, y que ahora, las motosierras y la civilización se han propuesto usufructuarlas.

Volviendo a lo de Javier, en aquel poema de dieciséis versos, en el remate final concluye:

"tantos caminantes/ de costado" el cual reafirma, su acendrado y porfiado asunto, de hablar de la naturaleza vigorizada por esta planta. Estoy seguro que cualquier niño, que logre caminar por los campos de La Florida, podrá apreciar todavía en los cerros hombres ordenados, vestidos de verde, que da la impresión que caminaban. Javier, quien ese mismo año ya era profesor de Literatura en la Gran Unidad Escolar "Melitón Carbajal" y estudiante en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos mostraba buen manejo de los recursos estilísticos; a ellos obedece la creación de esta metáfora, "tantos caminantes de costado". Si continuamos escudriñando la poesía de Javier Heraud, nos daremos cuenta, que no sólo es el poeta de los ríos sino también de los eucaliptos, que son personajes ineludibles en sus versos.

### Un poeta, dos generaciones

Generación del 60, llamada por Tomás Escajadillo como la Generación de la Revolución Cubana, a la que perteneció Javier Heraud y Alejandro Romualdo. Nos dice: "Javier es el nexo entre la Generación del 50 al que él pertenecía y la del 60". Quizás proponer una posición vertical para facilitar el panorama didáctico de su poética sería muy controvertido, pero sabemos que él empezó a darse a conocer a partir de los 60. Según Sebastián Salazar Bondy hace una apreciación crítica de dos libros aparecidos en 1960 una de Gonzalo Rose "Simple Canción", y la otra de Javier Heraud con "El Río", donde indica sobre este último como "Una revelación". A citar: (1) Juan Gonzalo Rose, "Simple Canción, Col. Forma y poesía. Ediciones de la Nueva Escuela Nacional de

Bellas Artes, Lima, 1960. (2) Javier Heraud, "El Río". Cuaderno del Hontanar. Edición del Centro Federado de la Facultad de Letras de la Universidad Católica. (Revista El Dominical, 1960).

### ¿Por qué su muerte aún nos sigue doliendo?

Javier Heraud murió en un río el 15 de mayo de 1963, tal vez el destino se ajustó a su humildad, para no caer en el mes más trágico, mes de muertes famosas. Unos años atrás investigando quién o quiénes fueron los que negaron al mundo seguir deleitándonos con Javier, de su poesía, de su amistad, llegué a conocer a un funcionario del Ministerio de Educación de Madre de Dios, él me refirió que esas balas dum dum que dispararon aquellas boinas verdes con algunos civiles, fueron hechas con odio de peruano a peruano, el funcionario llamado Edmundo Palacín, había recogido la propia versión de uno de los asesinos que se jactaba de haber dado muerte a Javier Heraud, y que ahora ocupado por su trabajo de carnicero en el Mercado Central de Madre de Dios, repetía sin atribulación ni remordimiento alguno: "El muerto muerto está". Sólo que habría que hacerse esa pregunta, en este caso quién es el muerto, ¿los que murieron y están vivos o los que están vivos y están muertos?

Cuando le pregunté a su padre por qué los restos de Javier no habían sido traídos a Lima, él me respondió ¿para qué? Si él pertenece al Perú (fue ahí que se quedó mirando sus dedos y con falsa valentía habló fuerte) ¿Cómo cree que mi esposa Victoria se hubiese sentido al ver a su hijo despedazado? Entonces no tenía objeto seguir causándole más sufrimiento y yo fui uno de los que se opuso ante muchas solicitudes de las principales universidades para que no trajeran el cuerpo a Lima -continuó diciendo- sería como cuando se repatrió los restos de José Santos Chocano de Chile a Lima, que no cambió nada y que hoy yace olvidado en su metro cuadrado y está bien que César Vallejo no venga al Perú porque también le seguirían dando con palos. Ellos, los muertos, están gozando de buena salud fuera de su tierra -Terminó de hablar ahogando la voz.

Javier, en 1962 cuando partió para Cuba, ya tenía el presentimiento de morir entre pájaros y árboles y fue así que ese inmenso río de Madre de Dios frente a la ciudad de Puerto Maldonado, en aquella canoa rústica conducida por José Roberto Vásquez, un simple campesino, amigo de las causas justas, también fue acribillado. Pero aquí hay algo anecdótico, cuando ocurrió este desastre y Javier enarbolaba un pañuelo blanco y fue traicionado descaradamente por los hombres con fusiles. Allain Elías el compañero que estuvo con él y lo vio morir acribillado con esas balas de cazar fieras él le preguntó:

"¿Qué hacemos Javier? Y Javier respondió serenamente: "Comer naranjas".

### Un día antes de su muerte

El grupo de jóvenes había ingresado clandestinamente por Madre de Dios por esos bosques invadidos de castañas, y se quedaron en casa de Juan Araujo Sangama. Según refirió, Javier esa noche estaba muy triste, pensativo, no conversaba. El resto de compañeros fumaban y bebían pero él quería estar solo. Daba la impresión que sufría por los demás. Ya un poco más tarde, cuando todos estaban durmiendo, se levantó y fue a un árbol de guayabo, se sentó bajo una alfombra de hojas secas, metió la mano al bolsillo y extrajo una linterna pequeña y se puso a componer versos. El poeta en medio de la noche y en medio del bosque escribió este último poema:

"Quiero que salgan dos  
geranios de mis ojos, de  
mi frente dos rosas blancas,  
y de mi boca  
(por donde salen  
mis palabras)  
un cedro fuerte y perenne  
que me dé sombra cuando  
arda por dentro y por fuera  
que me dé viento cuando la lluvia  
desparrame mis huesos.  
Echadme agua todas las  
mañanas, fresca y del río  
cercano  
que yo seré el abono de  
mis propios vegetales".

Fue allí cuando el señor Araujo Sangama le preguntó cómo se llamaba y él le respondió: "Me llamo Rodrigo Machado".

### Anécdotas al otro lado de la orilla: "Papá ya no nos pelearemos"

#### La caja de zapatos

El doctor Jorge Heraud, padre de Javier, mantuvo con éste una buena relación familiar, por muchos motivos, siendo una de los principales, la vocación del poeta comprometido, luchar contra la injusticia social de su patria y querer reconquistarla con pluma, sudor y sangre soñando como muchos con una patria con dignidad.

Sin embargo, estas ideas eran disparatadas para su padre. En la carta fechada de La Habana del 16 de mayo de 1962, Javier le escribe:

"Queridísimo papá:

Pienso tal vez estás resentido conmigo porque no te escribo... Si le escribo a ella es porque la madre se preocupa más y siempre el hijo se dirige primero a la madre... Yo sé, lo sé también

como tú que nosotros nos queremos aunque en Lima no parecías y peleábamos tanto... Yo sé que tú no me formaste para que fuera rico y sé también que tienes ideas opuestas completamente a las mías... Te abraza tu hijo que te admira... Javier".

Estas palabras muestran la hidalguía del poeta de respetar y defender sus ideales. Precisamente frente a esta carta histórica e incómoda quise continuar conversando con don Jorge, pero él prefirió dejar el tema para otra oportunidad, expresando lacónicamente: "Eso ya pasó". Sin embargo, me refirió algunas anécdotas. Por ejemplo, cuando Javier en 1960 obtuvo el Primer Premio junto a César Calvo en el concurso "El poeta joven de Perú", su padre lo felicitó y le exigió que posara para las cámaras, pero él se mostraba totalmente desinteresado en principio y luego reticente y decía que eran innecesarias, pero luego aceptó por complacer; lo curioso es que no había en ese momento un libro a la mano pero sí una caja de zapatos en el armario, entonces Javier serenamente tomó la caja y se lo puso bajo el brazo izquierdo y lo apretó conteniendo la risa. Hoy al ver esa foto con detenimiento, con seguridad, nos mostrará a un Javier jugueteón porque a simple vista esa caja con tapa da la impresión que fuera una enciclopedia muy compendiosa.

### Tímido con las mujeres

Javier tenía el secreto para conquistar a las mujeres jóvenes y aún a casadas. «Yo recuerdo -dice don Jorge- que mi hijo tenía una vocación solidaria con la lectura y la soledad, sin embargo, jamás fue pretencioso ni difícil a cualquier requerimiento de las jóvenes escolares. Ellas desde un año o dos para terminar la secundaria, ya le pedían que fuera su pareja de promoción... tenía más de un metro ochenta de estatura y eso las atraía como si fuera un artista de Hollywood... amén de sus ojos azules. Precisamente frente a la casa tenía una aventura, pero yo le previene que aquella jovencita tenía de novio a un policía fuera de Lima y que venía cada fin de semana. Él me dijo, «Eso se arregla entre varones en una cancha de tenis y con chimpunes, papá».

### Un amor en Tarma

Los días que estuvimos en La Perla de los Andes, conoció al tercer día a una señorita de apellido Velarde, con quien entabló amistad y pasaron por unos días por Acobamba. Recuerdo que ella le hacía saber a Javier su desapego y desinterés por el amor. Cuando volvió de uno de sus paseos yo le hice saber ese detalle. Él me respondió: "Si tengo que engreír a alguien lo haría con los niños". (Recuérdese que Javier tenía una predilección por los niños, a quienes los cargaba toscamente y luego les regalaba mimos. Los amigos cuentan que en muchas oportunidades, a los gorditos los tiraba por los aires, haciendo poner de punta los nervios de sus angustiadas madres.

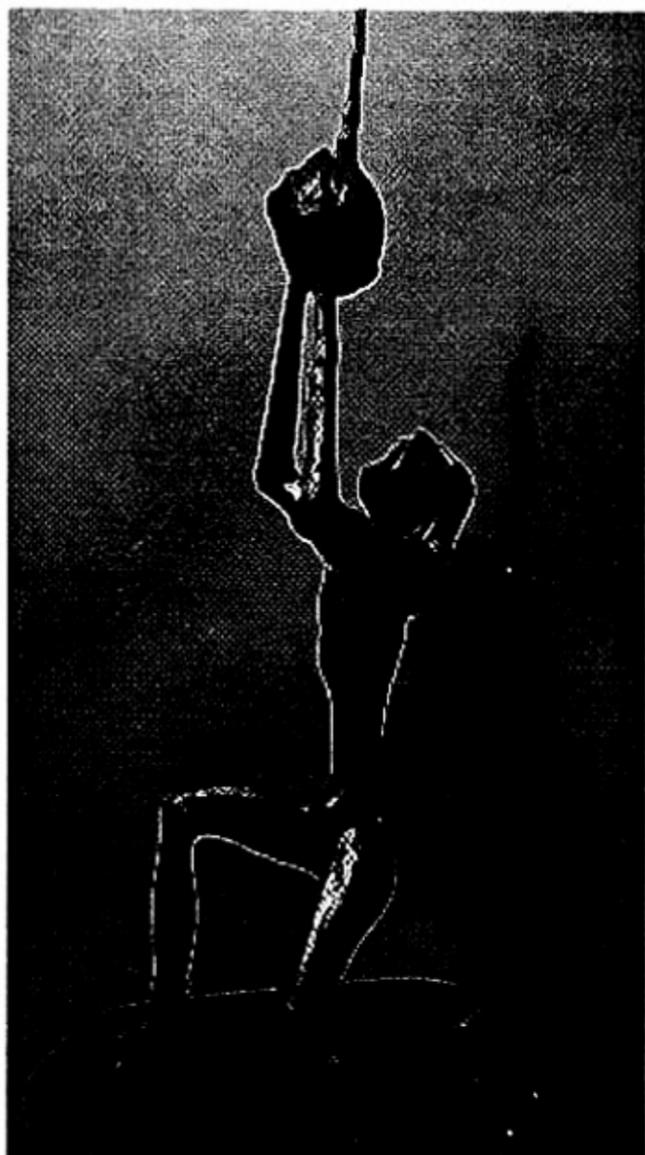
### Ansias de volver

Aún hay mucho por redescubrir en Javier, sin embargo, ahora que evoco aquella casa, de aquel mes de enero con toda su humedad, se acrecienta mi deseo de regresar. Las manos me piden volver a tocar esas revistas *Selecciones*, husmear su vieja pizarra con la firma de sus amigos poetas, coger aquella carta de César Calvo protestando ante el mundo por tu muerte infame; la tuya escribiendo en el aire "Yo nunca me río de la muerte/ simplemente/ sucede que/ no tengo miedo de morir/ entre pájaros y árboles".

### Notas

(1) Las obras señaladas no todas necesariamente están referidas a Tarma, sino por orden de su importancia merecen ser consignadas.

Realismo y representación en la novela (A partir de algunas propuestas de Mario Vargas Llosa)



con Leli, emprenden el camino a casa de don Flor. Entrar en ese mundo, desde la colina de los girasoles, quebra la concepción tradicional del tiempo. Las niñas "confunden los días", y Candelaria considera que están embrujadas. Esa ruptura opera un cambio de registro, desde la ley del padre a la ley de don Flor, es decir, a la intromisión en lo irreal, en lo mágico.

En el ámbito de don Flor, vestido de color bugambilia, los días son mujeres indígenas. Cada una tiene un cuarto con el color que caracteriza a cada día. Los cuartos ostentan en sus puertas los nombres de los vicios y las virtudes que se achacan a cada mujer-día: Domingo (lujuria y largueza); Sábado (pereza y castidad); Viernes (orgullo y diligencia); Jueves (cólera y modestia); Miércoles (envidia y paciencia); Martes (avaricia y abstinencia); Lunes (gula y humildad). No sólo se trata de pecados capitales y virtudes teológicas, sino de un pequeño recuento de aquellas virtudes que la sociedad patriarcal exige a las mujeres y de los vicios que les atribuye.

Don Flor castiga a todas las mujeres-días. Su comportamiento reproduce los elementos presentes en el mundo del padre de Eva y Leli: «por eso yo chichoteo a los Días para castigarlos, por sus faltas» (p. 93). En el cuento se estructura la visita de las niñas a los cuartos de las mujeres-días, prisioneras de don Flor, en un orden descendente de Domingo a Lunes: «Todo está en desorden», dice don Flor.

En ese recorrido por el espacio que es tiempo, Eva y Leli se enfrentan a dos realidades contrapuestas. Por una parte, no experimentan el mismo contacto con los fenómenos como don Flor; mientras éste percibe el mundo, ellas, sumidas en la inocencia de la niñez, no sienten no ven, no huelen, no entienden. Por otra, realizan un aprendizaje vicario, ya que advierten las connotaciones sexuales que brotan en el discurso de don Flor, que de Lunes por ejemplo dice: «Es glotona de manjares y de hombre... Me vuelve muy animal. A veces me da miedo. El hombre, niñas, peligra junto a la mujer glotona» (p. 93).

Terminada su educación sexual, las niñas advierten el desorden y pueden captar el mundo en su descomposición. Cuando don Flor les ofrece un castigo, huyen despavoridas hacia la seguridad de su casa. No quieren aceptar que ahora son capaces de percibir el mundo de los adultos, y aunque su padre les ofrece la salvación de la Semana Santa, ellas han quedado atemorizadas por la figura de don Flor.

El cuento se cierra con la incertidumbre de los rumores, como había empezado, pero los rumores modifican el patrón inicial, don Flor ya no golpea a las mujeres, sino que tal vez ha sido asesinado por ellas. No se redondea el desenlace, y el cuento queda abierto con tres puntos suspensivos.

El día que fumos perros inaugura un mundo donde las figuras paterna y materna se encuentran ausentes. De nuevo, las niñas viven al lado de los criados, sin entenderlos. Ellas deciden emprender un juego: serán perros, ya que no quieren aceptar las responsabilidades de ser adultas. Por lo cual, las niñas y las criadas abandonan las reglas: no se tienden las camas, no se recogen las tazas sucias; se instaura el desorden.

Leli finge como la voz narradora en este cuento, pero la focalización se apega y se desprende del personaje. Ve actuar a Eva desde una perspectiva infantil, para dar paso en otros momentos a ciertas intrusiones de la autora, lo que supone un saber más allá del que posee el personaje niña.

Eva y Leli, convertidas en Cristo y Buda, dos perros, pretenden experimen-

tar el mundo desde ese enfoque, pero un hecho violento, el pleito entre dos hombres, abre las puertas de la casa y enfrenta a las niñas-perros al horror de la agresión, la sangre y la muerte. Las niñas se sienten perros y actúan como tales, pero los otros las advierten como niñas. Los gritos quieren reducirlos al principio de realidad, pero las niñas se encuentran inmersas en el mundo de las fantasías. Perciben la muerte en sus camas. Luego, el sueño las restituye al orden. Ya no son perros, porque ellos no comparten el crimen con los hombres. Eva y Leli ha quedado desprotegidas de su inocencia ante el acto violento. La muerte imposibilita la separación de los tiempos (dos días) y las creaciones de la fantasía.

En *Antes de la guerra de Troya* se nos narra el proceso que lleva a Eva y Leli de un estado de fusión, donde Eva ejerce la función guía, a un estado de separación y diferenciación. El factor que impulsa la transformación es doble. La madre, Elisa, rechaza la presencia de las hijas, pero hace surgir el enigma, el objeto escondido, que las niñas encuentran: *La Niña*.

En una atmósfera regida por un padre ordenador, irrumpe el elemento que desorganiza los principios y los valores. La lucha entre griegos y troyanos tematiza aquí el elemento de discordia, la violencia humana, y sirve como un espejo a los pleitos de los hombres. Eva y Leli eligen bandos. Eva se declara por Aquiles, y Leli por Hector, le tiene lastima: «Con Hector empecé a conocer el mundo a solas. El mundo a solas, únicamente era sensaciones» (p. 117).

De la experiencia de la soledad, se hace el salto a la experiencia del cuerpo como algo propio. A través de una ficción, las niñas han aprendido el fenómeno de la diferencia, pero en esa disparidad de criterios y opiniones han encontrado su identidad.

El robo de Tiztla se construye a través de la estructura del cuento de suspenso. Se plantea un misterio, "el robo sin robo", mediante el interrogatorio que el jefe de la policía hace a los criados, a la madre y a Evita. Mientras se lleva a cabo el interrogatorio, la narradora nos sitúa en el pueblo del sur, en el ambiente popular de consejas y exageraciones, del miedo ante lo inexplicable. Cada uno ofrece una versión distinta de los hechos y se concluye con la intervención del demonio; lo que equivale a dejar prevalecer el mundo de la fantasía infantil y el de la fantasía popular como elementos de un conocimiento no lógico. Eva se niega a hablar y Lorenza, la criada, queda muda. El cuento sufre un corte, ya que con una élipis de años Evita reconstituye los acontecimientos: reconoce el jardín como un espacio privilegiado, pero luego lo desvaloriza por el rencor que siente contra las figuras paternas: «Mis padres estaban muy ocupados con ellos mismos y a nosotros nos pusieron en el jardín y nos dejaron crecer como plantas» (p. 136). Por su necesidad de compañía, Evita busca la proximidad de las criadas, y de Lorenza en especial. Pero ésta la rechaza, porque Evita le hace saber la traición de Julián, el novio de Lorenza.

De manera que al revelar el secreto de la bodega, surge entre ellas el lazo misterioso que puede vincular de nuevo a Lorenza con Evita. Esta inventa los costales de oro en la bodega, con el consabido fracaso de la empresa del robo, ya que Julián y Lorenza sólo encontraron unos costales de maíz. Frente a la fantasía infantil se impone la realidad. Sin embargo, en su afán de venganza, Lorenza reanuda la corriente del pensamiento mágico, ya que presume de que acudirá por la ayuda de su madre, una bruja, para que le haga "el mal" a Evita. Ambas llegan a un pacto de silencio. Lorenza finge haber quedado muda, y luego su madre le pone una lengua de conejo. El cuento

culmina así con el predominio del pensamiento popular y la ficción: Lorenza tiene una lengua de conejo.

El último de los cinco cuentos, *El duende*, muestra como ninguno el proceso de deterioro de las relaciones de cariño entre las hermanas, a medida que van aproximándose a la edad de la razón. La muerte se presenta como la gran amenaza. Eva arguye tener el apoyo y la amistad del duende del jardín. Leli le cree, le cree todo. Pero comienza a cotejar sus experiencias de lo real con los inventos y la fantasía de Eva. Un día se bañan desnudas en el pozo y Leli descubre unas hojas, que mastica, y al sentir la sensación de envenenamiento quiere arrastrar a Evita a la muerte con ella, pues no desea morir sola. Su acción es entendida de manera equivocada: todos, Eva y los padres, la consideran una malvada, y la separan. Ya las hermanas han perdido la inocencia y la única que entiende es Estrellita; ve en una hermana a la mentirosa y en la otra a la matona. El duende es real para Estrellita, pero las otras dos hermanas ya no lo necesitan sino como un pretexto, pues han entrado ya en el orden del padre, en las leyes donde se miente y se mata. Se han hecho dueñas del mal y la violencia; ya pueden ser adultas; sólo Estrellita será la depositaria de la fantasía.

En otros cuentos del libro, las figuras femeninas manifiestan un proceso de infantilización. Se convierten en niñas cuidadas por sirvientes. Así, Laura en *Las culpa es de los tlaxcaltecas* recibe las atenciones de Nacha y de su suegra Margarita, porque en ese proceso de regresión vuelve a la inocencia de la infancia, de la locura, que le permite entrar en el mundo relacionado con la conquista de México. En *La culpa es de los tlaxcaltecas* el lector arrobado flota con Laura, sueña y encantado se desprende de todo lo terreno. Cuando finaliza la lectura desaparece la visión esotérica, el lector ahora cae en la triste realidad, en su rutina y siente desdén, indiferencia por este mundo contaminado que nos rodea. La culpa es de los tlaxcaltecas por traidores lo dice Laura a Nacha, pero ninguna de las dos sabe el significado de la palabra traición.

Laura ha obrado como la Malinche, es la Malinche, se ha hecho cuerpo en ella, pero una Malinche "que ha comprendido la magnitud de su traición", el tamaño de su culpa, por eso "tuve miedo y quise huir", agrega. La conciencia de culpabilidad está naturalmente ligada al sexo entrevistado en la infancia con fascinación y temor, con miedo: un sexo ligado a la muerte, un sexo violentado, un sexo culpable, el sexo de los otros, el de los de pelo oscuro y brillante. Pero es justamente a partir de ese momento en que se percibe la traición, cuando Elena Garro se conecta con Sherazade. Sólo en el acto de contar, en el cuento dentro del cuento, en la magia y realidad de la escritura, se redime de culpa y el paraíso nunca ha dejado de existir.

En *Qué hora es Lucía Mitre* se abandona en las manos del señor Burnier, el portero, y de los otros empleados del hotel, que la alimentan y cuidan, mientras ella espera la llegada de su amante. Lucía sabe que hay una ruptura entre el tiempo de la infancia y el tiempo de la madurez y la espera, ya que el tiempo se petrifica para los adultos, como se ha vuelto piedra el momento de la llegada del amante. Pero ese saber no protege a Lucía en contra del desvalimiento que la conduce a la muerte-encuentro con el amado. En *El árbol*, la relación entre ama y criada se invierte. Marta, la señora, atiende a la india recién llegada a la ciudad como a una niña salvaje; Luisa, la criada, narra hechos violentos con palabras plagadas de tintos infantiles, de diminutivos. Su voz infantil oculta el oscuro universo del crimen, que gravita en sus acciones:

abandonar a sus hijos, matar a una mujer en el mercado y, finalmente, dar muerte a la misma Marta. En el personaje de Luisa se representa lo taimado en los indios y los niños, frente a la violencia de los otros.

Al lado de Eva y Leli, esas niñas imaginativas y curiosas que fundan una atmósfera en la que pervive el paraíso perdido. E. Garro ofrece en sus personajes femeninos rastros de una infancia no olvidada, al construir sus esquemas de relación con el mundo y los otros personajes. Esas mujeres dan muestra de frágil dependencia, en lo que concierne a la cotidianidad, pero encarnan la fuerza de la fantasía, que les hace traspasar el tiempo y el espacio, y la crueldad.

Los personajes femeninos de *Andamos huyendo Lola* (1980) y *Testimonios sobre Mariana* (1981) encuentran un pequeño resquicio, una salida mínima en el recuerdo y se construyen en un mundo de opresión que los va encajonando para reducirlos al miedo a la existencia y al confinamiento en espacios cerrados y asfixiantes. La persecución de la que son objeto los personajes femeninos, según algunos críticos y estudiosos de su obra, son una canalización de las angustias y la amargura experimentadas por Elena Garro en su exilio voluntario con su hija Helena en España y París. Indudablemente, Lelínca y Mariana transmiten las angustias de una mujer dominada y destruida por el mundo patriarcal, si bien en un movimiento alterno, esos personajes retornan a la construcción de Elena Garro escritora de calidad y valía. En estas obras, asimismo, Elena Garro emprende la reivindicación de la figura de la Malinche, proponiendo que la traición femenina no sólo es inevitable, sino de igual modo un acto libremente asumido otorgándole al personaje de la mujer una dimensión superior: un ser enigmático, independiente y libre, aunque víctima propiciatoria del sistema social, de tendencias marcadamente masculinas.

*Andamos huyendo, Lola* es una obra fragmentaria conformada por once relatos recorridos por el impulso obsesivo de la persecución en el exilio de una madre y una hija, a lo largo de su deambular por países diferentes. Casi todos los cuentos presentan un clima asfixiante que, como por ejemplo en *Andamos huyendo Lola*, se completa con la aparición de toda una serie de personajes excéntricos, perseguidos por causas políticas o por espionaje. *Debo olvidar* incluye los temas del laberinto y la metamorfosis hasta el punto que presentan la intertextualidad de un Kafka muy de la época en que fueron escritos: lo fantástico se inscribe en un mundo perfectamente creíble, pero donde acontecen hechos increíbles como las ilusiones metafísicas, los viajes por el tiempo, los argumentos con personajes soñados, o las metamorfosis propiamente dichas.

Pero no todos los relatos mantienen la obsesión persecutoria y el terror existencial. *Una mujer sin cocina* recrea la infancia de Lelínca en México, junto a su hermana Eva, en un ambiente donde la tentación rodea a la protagonista en forma de hombre que ofrece globos y dulces a las niñas en el Parque de Chapultepec. Lelínca, dominada por el deseo, sucumbe al deseo y sufrirá el castigo eterno de sentirse fuera del paraíso para siempre. La culpa la acompañará hasta el fin de sus días en el recuerdo de las criadas de la casa, las cuales ejercen una fascinación sobrecogedora sobre una niña que adoraba las cocinas donde podía encontrar a estas mujeres para comunicarse con ellas, y así trasladarse a una esfera sobrenatural. Para la pequeña Lelínca estas mujeres son diosas, adivinas capaces de enseñarle el camino al paraíso, pero también de advertirle de los peligros de caer en el infierno. Los

avisos de las criadas acerca de la culpa y los castigos son una premonición de la Lelinka adulta, de modo que en sus exilios a lo largo del universo, las pesadillas y los sueños más horribles acudirán a su mente para ofuscarla y trastornarla. El último relato, *La dama y la turquesa*, presenta la odisea de una escritora extranjera que vive en una humilde pensión en Madrid, sus afanes por sobrevivir escribiendo y sus luchas con los editores para que publiquen sus obras y así subsistir. La memoria con sus múltiples posibilidades es el tema central de este relato en el que lo tenebroso de la realidad hace intervenir lo inexplicable y lo inverosímil, para sacar los arcángeles y los ángeles de sus recónditos lugares y colocarlos en un espacio sobrenatural anhelado y visionado por la protagonista escritora.

En mi opinión, los relatos de *Andamos huyendo*, *Lola* introducen lo fantástico enlazándolo con una veta romántica, por cuanto que inscriben el delirio, lo extraordinario y la superstición, combatiendo el racionalismo y el orden lógico natural. Sus protagonistas adoptan la postura de víctimas y así, del mismo modo que en la época del romanticismo los locos, los marginados y los hechiceros se convierten en héroes de novelas, estas mujeres exiliadas, abandonadas y engañadas son las protagonistas de unos relatos fantásticos del siglo XX. Pero, en el siglo XX, en la era del postmodernismo y bajo el impacto generado por el psicoanálisis y el existencialismo, lo fantástico ha alcanzado una posición dominante ya que ejerce un discurso social, político y ético, de modo que este tipo de literatura se convierte en la técnica más preciada para los autores que no creen en la permanencia y la continuidad de la sociedad a la que pertenecen. En este sentido, la literatura fantástica es un eco resonante de la dolorosa y conflictiva posición existencial de la autora mexicana.

De *Los recuerdos del porvenir* a *Testimonios sobre Mariana* hay una transformación del motivo de la fuga en un tema francamente persecutorio, como si se diera a la vez una exacerbación y una inversión de la fuga, que volviera la rebeldía activa y triunfante de Julia en una condena pasiva e irremediable a la persecución. Se da también una especie de depuración de la contextualización histórica, que pierde aún más precisión e importancia. La experiencia del poder y del amor se ve mucho más como un drama interior, forjador de una identidad que encuentra en él su origen y su simultáneo aniquilamiento. Mariana es la protagonista de este drama.

*Testimonios sobre Mariana* se estructura en tres partes desde las que hablan tres voces que intentan reconstruir a una mexicana exiliada: Mariana, aunque no lo consiguen. Su figura se diluye en esbozos e intentos que no encajan en la descripción de una mujer errática, misteriosa, a la vez que seductora y vengativa. Vicente, un argentino rico y aventurero, ofrece el primer testimonio que remite a la época en que llega a París y se enamora de la misteriosa Mariana, casada con Augusto, un hombre que la desprecia y humilla constantemente. Aunque Mariana se enamora de Vicente y viven juntos una intensa pasión amorosa, se resiste a dejar a su esposo, en parte porque tienen una hija en común, en parte porque se halla presa de la fuerza y la autoridad de aquél. Pasado un tiempo, Mariana se ha trasladado a Rusia convertida en una espía de la Unión Soviética, según una declaración de Augusto. Finalmente, Vicente nos deja un último retrato de Mariana a través de la única fotografía que le queda de ella: «Ahora sé que Mariana tampoco me espera en el cielo sentada en la sillita de Van Gogh».

La voz de Gabrielle, una solterona vieja que trabaja como secretaria de Augusto, recrea para los lectores un segunda imagen de Mariana, tan fugitiva y víctima como la primera. Después de declararse amiga de Mariana, Gabrielle

pasa a describirla como una figura grotesca, distorsionada y equivocada, destinada a la destrucción provocada por su marido. Gabrielle reconstruye asimismo el ambiente parisino en el que vivía Augusto y sus admiradores: poetas, políticos e intelectuales dedicados al culto del marqués De Sade, es decir, a ceremonias sexuales aberrantes y colectivas, pero de las cuales se excluye a Mariana, ya que su marido la considera la "bancarota de la educación burguesa". Gabrielle reconstruye una imagen rota en mil espejos de su amiga, una visión atormentada e incoherente que aparece y desaparece como un fantasma, una figura que se halla impregnada de supersticiones y abierta al poder de los malos augurios; una mujer que tiene varias caras y varias personalidades, no en vano la intertextualidad explícita de la novela *Doctor Jekyll y Mister Hyde* corrobora tal afirmación. El último párrafo de la confesión de Gabrielle muestra una doble visión de su amiga: unos dicen que la han visto como pordiosera en las puertas de la ópera de Viena, aunque otros aseguran que la vieron en los coros del ballet Giselle en el teatro Bolshoi.

El tercer testimonio es el de André, un joven enamorado de Mariana y atrapado por la seducción entre ingenua e inaccesible de esta mujer. André no llega a comprender la tempestuosa vida de Mariana junto a Augusto, una vida que transcurre entre mentiras, insultos y violencia. El poder seductor de Mariana, su belleza y su elegancia, contrastan con su sufrimiento y sus ansias de morir, con sus angustias por sobrevivir y salir incólume de un mundo devastador y voraz que aparece ensañarse con ella y su hija. Al final de su testimonio, André permanece todavía enamorado de Mariana y afirma que su amor las ha salvado a ella y su hija. El enigma acerca de Mariana queda sin resolver, de ahí lo fantástico de los relatos que intentan construirla porque, indudablemente, mantiene infinita e incesantemente, el suspense del lector.

La dualidad discursiva: el pensamiento mítico o fantástico moderno frente al pensamiento racional, se mantiene sin interrupción en el discurso implícito de todas las obras de E. Garro. La culpa es el significante en torno al cual giran todas las ficciones de la autora. La culpa es la causa de la desdicha, y el desdichado es el desarraigado, el que ha sido marcado por un destino desde antes de su nacimiento, el que ha perdido la plenitud originaria que precede al tiempo histórico. El desdichado está condenado a recordar un pasado que sin interrupción se transforma en futuro recordado, en "recuerdos del porvenir". El vive al margen de la historia, dividido entre un pasado vivido y un futuro que se conoce de antemano. Sin asumir nunca la culpa, el desdichado vive muerto en vida, sin conciencia histórica, sin voluntad de "salvación".

Los personajes de ficción a quienes E. Garro inscribe en el discurso mítico no se incorporan a la historia, que para ellos sólo es la negación de un espacio originario pleno y natural. La estructura del pensamiento mítico se describe en los textos de E. Garro de forma neutral pero con distanciamiento. En *Los recuerdos del porvenir*, donde la vivencia subjetiva de lo temporal prevalece sobre lo temporal objetivo o histórico, la ahistoricidad de Martín Moncada es criticada desde la enunciación irónica del pueblo de Ixtepec, que, con voz impersonal y colectiva a la vez, narra el inútil esfuerzo de Moncada por impedir que transcurra el tiempo, deteniendo todos los relojes a las nueve en punto de la noche o prescindiendo de los calendarios, porque le privan de la vivencia de un "tiempo interior".

E. Garro no glorifica a los personajes de visión mítica. El destino trágico del pueblo de Ixtepec es el resultado directo de su pasividad. Martín Moncada y Laura de *La culpa es de los tlaxcaltecas* olvidan voluntariamente la historia en espera del vacío de la nada. Sólo la memoria que de ellos se tenga les redimirá del olvido definitivo. Los desdichados, parece decir la enunciación implícita de la autora, son culpables de su propia desgracia por carecer de voluntad de "salvación" y de rebeldía. Su desdicha es no tener destino, de ahí su tragedia. Destino entendido como finalidad, es decir, como proyecto de vida.

En sus textos E. Garro teje y desteje su propio discurso, contradiciendo a sus personajes de ficción, ironizando las estrategias que ellos libremente buscan para solucionar el conflicto inherente a la dualidad cultural en la que vive el mexicano mestizo, siempre escindido entre dos estructuras de pensamiento y dos culturas. Esta es precisamente la temática central de *La culpa es de los tlaxcaltecas*. El tiempo histórico es sustituido por un tiempo cíclico, mítico, y en ese espacio y tiempo desaparece Laura redimida por el perdón y el amor del marido-primo. Laura se inscribe en la interpretación mítica de la destrucción de Tenochtitlan, interpretación que colectiviza la culpa de la derrota en el pueblo tlaxcalteca. El discurso de Laura: "la culpa es de los tlaxcaltecas" sirve de título al relato, pero entre el título y el enunciado de Laura está la brecha de una enunciación implícita que niega las palabras de Laura. Ella se dice no culpable y al hacerlo niega su estatuto de sujeto histórico responsable de una elección voluntaria y por eso mismo culpable. La enunciación implícita es irónica y apunta a la falta de adecuación que evidentemente existe entre los actos de Laura y sus palabras. La culpa es de Laura, pero ella no la asume y busca refugio en la nebulosa de un espacio mítico.

En los primeros textos de E. Garro el amor es el motor de la historia, es la

contrapartida del poder, es fuente de vida, principio subversivo. Paradójicamente el amor en la mayor parte de las ficciones de E. Garro redime al sujeto, porque le hace caer en la culpa, la cual posibilita la transformación de lo mítico en lo histórico: es decir, mientras que el amor está ubicado en una especie de umbral, en una zona de pasaje, la culpa, por lo contrario, incorpora al sujeto a la historia. El amor es por lo tanto ambiguo: salva y condena.

La culpa no ha de ser interpretada como castigo. Caer en la culpa es trasgresión, ruptura. En los textos de E. Garro, el sujeto culposo, casi siempre mujer, se redime mediante la acción trasgresora, es decir, que el discurso de E. Garro funciona como contra discurso en relación con las estrategias propuestas por las estructuras del pensamiento patriarcal tradicional. La culpa parece ser un mal inevitable por todo individuo que desee alcanzar el estatuto de sujeto. Los personajes femeninos que asumen la culpa entran en un espacio y en un tiempo distintos a los del grupo cultural en el que dichos personajes están ubicados. Isabel en *Los recuerdos del porvenir* y Mariana en *Testimonios sobre Mariana*, son dos claros ejemplos de lo expuesto.

Isabel es un ser trágico que decide, elige y muere a consecuencia de su propia elección, se convierte en piedra, simbólicamente petrificada, termina, por así decirlo, en piedra enamorada. En el caso de *Testimonios sobre Mariana* la pregunta sobre cuál ha sido la culpa de la protagonista queda sin resolver. Augusto, Vicente, André, Gabrielle, todos ellos han cometido una injusticia sobre Mariana y ella se venga con el suicidio. Mariana no tiene voz propia, sus "informantes" hablan de ella, sobre ella, como si de un tema impersonal se tratara, pero Mariana aparece escabullirse de los informes para refugiarse en la enunciación implícita de la novela. Desde la enunciación se le pide justicia al lector, quien en definitiva ha de desentrañar si se trata de una ficción o de un testimonio, de un recuerdo o de un ensueño. El lector es quien decidirá en que medida son justas las convenciones sociales y los valores morales propios de ciertos sectores burgueses e izquierdistas entre quienes se desenvuelve la vida del personaje, Mariana. La culpa mayor parecen tenerla aquellos que distorsionan la imagen de Mariana guardada en la memoria de sus amigos, pues, según la enunciación implícita, sólo la memoria y el amor salvan al sujeto de la disolución en la nada.

Mariana calla, no tiene acceso a la palabra; ella, como Laura, retrocede en el tiempo, ficcionaliza su vida para liberarse de la angustia de una posible culpabilidad. Isabel Moncada, por el contrario, se enfrenta con las contradicciones propias de la dimensión histórica, las asume, hace una elección, reconoce su culpa y se reconoce como ser abyecto sin arrepentirse de la decisión por ella tomada.

Ahora bien, la culpa interiorizada convierte a estos personajes en paranoicos. En *Andamos huyendo Lola*, un dinamismo paranoide despierta la sospecha que parece ser la forma básica de intercambio social entre los entes de ficción que pululan por la novela, perseguidos todos ellos por una instancia totalizadora y despersonalizada. De forma inesperada y grotesca ese sentimiento de persecución, que obliga a los personajes a sobrevivir huyendo, es lo que los salva e impulsa a actuar. La yuxtaposición de los discursos del amor y del poder sigue vigente, pero el contenido semántico de los significantes amor y poder ha cambiado; en esos casos se ironiza sobre los dos conceptos. El poder es un poder sin rostro, especie de ley arbitraria y cruel, sin embargo, burlable. El amor parece haberse transformado en una relación ética de solidaridad. Mantenerse al margen parece ser la estrategia propuesta por la escritora, para no ser absorbida por la seducción del poder y de las normas vi-



gentes. *Andamos huyendo Lola* ofrece con buena dosis de humor la visión imaginaria de lo que podría ser un mundo "al revés", organizado desde lo marginal. En ese mundo de ficción, la culpa parece ser la única posibilidad de "salvación" y de liberación, con lo cual E. Garro rompe de forma muy radical y grotesca con los sistemas de representación convencionales propios de la razón patriarcal.

#### Obras de Elena Garro:

*Los recuerdos del porvenir* (1963);  
*La semana de colores* (1964);  
*Andamos huyendo Lola* (1980);  
*Testimonios sobre Mariana* (1981);  
*Reencuentro de personajes* (1982);  
*La casa junto al río* (1982);  
*Y Matarazo no llamó* (1989);  
*Inés* (1996);  
*Un corazón en un bote de basura* (1996);  
*Busca mi osqueña y Primer amor* (1996);  
*El accidente y otros cuentos inéditos* (1996);  
*Un traje rojo para un duelo* (1996);  
*La vida empieza a las tres* (1997);  
*Mi hermanita Magdalena* (1998).

#### Obras sobre Elena Garro:

-E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, Ed. Del Ermitaño, México, 1986;

-R. Toruño, *Tiempo destino y opresión en la obra de E. Garro* (tesis doctoral, Indiana University, 1994);

-L. E. Ramírez, *La ingobernable. Encuentros y desencuentros con E. Garro*, México, Hoja Casa, 2000;

-F. Alegría, *Nueva historia de la novela hispanoamericana*, Hanover, Ed. Del Norte, 1986;

-M. García, *El protagonismo femenino y el uso del espacio en la cuentística de R. Castellanos, E. Garro e I. Arredondo* (tesis doctoral, University of Lexington, 1997);

-X. García, *La mujer y sus signos en la novela de E. Garro: un análisis feminista y semiótico* (tesis doctoral, University of Wisconsin, 1987);

-M. Umanson, *The role of woman: the writing of E. Garro* (tesis doctoral, University of Arizona, 1990);

-P. Rosas, *Testimonio sobre Mariana* (tesis doctoral, University of Albuquerque, 1990);

-A. Verwey, *Mito y palabra poética en E. Garro* (tesis doctoral, Universidad de Querétaro, 1990);

-D. Galván, *La ficción reciente de E. Garro* (tesis doctoral, University of Cincinnati, 1988);

-P. Rosas Lopategui, *Yo sólo soy memoria*, Ed. Del Castillo, 2000;

-M. Robles, *Tres mujeres en la literatura mexicana*, en "Cuadernos americanos", México, enero-febrero de 1983, pp. 223-35;

-*Memorias de Elena Garro*, en "Cuadernos hispanoamericanos", Madrid, abril de 1979, pp. 358-81;

-AA.VV., *Elena Garro: reflexiones en torno a su obra*, INBA, México, 1992;

-L. Gutiérrez de Velasco, *El regreso a la "otra niña que fui" en la narrativa de Elena Garro*, en N. Pasternac, A. Domenech, L. Gutiérrez, *Escribir la infancia*, Colmex, México, 1996, pp. 109-25;

-A. López González, *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX*, Colmex, México, 1995, pp. 127-83;

-F. Brada, *Señas particulares: escritora*, FCE, México, 1987, pp. 13-28.

#### Bibliografía

<sup>1</sup> T. Todorov, *La littérature fantastique*, Corti, Paris 1980; L. Vax, *La séduction de l'étrange*, Puf, Paris 1965;

<sup>2</sup> F. Brada, *Testimonios sobre Elena Garro*, en *Señas particulares: escritoras*, FCE, México 1987, p. 14;

<sup>3</sup> E. Carballo, *La vida y la obra de Elena Garro*, en "Sábado" (supl. Unomásuno), México, 24/1/1981, p. 3;

<sup>4</sup> E. Garro, *La semana de colores*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1964, p. 79;

<sup>5</sup> E. Garro, *Testimonios sobre Mariana*, Grijalbo, México 1997, p. 122.

## Cabrera Mayo: pincel iluminado

César Gamarra Berrocal

Cuando las nuevas generaciones recorran las calles de Huancayo en los avanzados años del siglo XXI, comprenderán el fino trazo paisajístico de Florentino Cabrera Mayo (Huancayo 1942). Ahí cobrarán admonitoria vigencia la aguda observación de Manuel Baquerizo: "En esta muestra, la del '94, muestra pequeña pero llena de corazón, hay escenas que son cotidianas, pero al mismo tiempo llenas de luz y color".

En una de esas tardes con picaflares y huaynos de Zenobio Daga, Cabrera afirmó que como "todo cambia con el tiempo, y como amo las expresiones con sabor de los pueblos; he pensado que alguien debía captarlos para que queden como testimonio. Quizá mañana ya no estén, entonces será como si se hubieran trasladado a mis dibujos".

Su atelier, o taller a secas, se inspira, insufla y Cabrera Mayo pelea con sus demonios para encontrar calor exacto. Baquerizo señala que "... empezó a pintar desde muy temprano. Estudió algunos años en la Escuela de Bellas Artes de Huancayo (1964-1969) y en la Escuela Superior de Bellas de Lima (1969-1972). En las dos academias, quien más huella dejaría en su obra el pintor Apurímac. En 1964 -con ocasión del Primer Centenario de Huancayo- ya se le ve participar, en una exposición colectiva, al lado de Dámaso Casallo, Julio Sosa y Ricardo Yangali, entre otros".

Muchos de sus trabajos, acuarelas especialmente, expresan su lenguaje cifrado con el lienzo en blanco para llenarlo de color y lirismo después de años, revelan a un paisajista rural con tonos de amanecer, aguaceros, chapoteos, soleadas callejuelas, finisimos rostros andinos de mujeres con las mariposas del amor.

Florentino Cabrera Mayo es un logrado retratista y poseedor de una variada técnica: "...Cabrera Mayo ha ejercitado su pulso y su imaginación en la explotación de las corrientes estéticas impresionistas, puntillista y hasta arte no figurativo. En un alarde de versatilidad, es capaz de parafrasear el color y las formas de Vinatea, Reynoso o Camino Brent. Pero, naturalmente, estos no son más que escauceos lúdicos o experimentos de laboratorio. Porque él ya tiene, afortunada-

mente, su manera personal e intransferible del pintar. "(Manuel Baquerizo, catálogo, Homenaje al Día de la Madre, mayo, 1993).

Un aspecto a tomar en cuenta en Cabrera Mayo es la exploración en el retrato y figuras femeninas: Sigue diciendo Manuel Baquerizo "... Su imaginario se distingue palmariamente por las figuras femeninas y los paisajes, marcados por una tendencia expresionista, que el autor no tiene por qué cambiar, sino, perfeccionar. Cabrera Mayo es un excelente retratista, cuyos rostros están caracterizados por los trazos firmes y por la gracia y figura de los dibujos. Tiene además un notable dominio del color y de las luces. Basta detenerse un momento en el cuadro que titula "Puchcando" (Hilando), interesante modelo de iluminación frontal, a la manera de Van Gogh, para comprobarlo".

Un poco más de dos décadas de distanciamiento; han sido marcadas por una serie de dibujos y pinturas fanáticas: "Madre enferma y Madre muerta". Sobre ello apunta Hugo Orellana, siempre en Ataura, siempre universal: "... es profundamente significativa la serie de los dibujos y pinturas de la "Madre enferma" y la "Madre muerta" de un alto valor humano donde el artista seguirá buscando a través del tiempo de noches insondables, de los campos en flor de aquello que tanto espera..." Sobre ello mismo, el buen amigo, el casi místico o asceta y cálido poeta, Nicolás Matayoshi, dice: "... Florentino trae... el dramatismo de sus íntimas vivencias en 19 apuntes hechos a carboncillo con el título "Madre enferma y Madre muerta", es una impresionante serie de la fuerza agónica y profunda por la lucha para perpetuar

la vida mediante el arte, trascender a la muerte misma y dar lucha por la inmortalidad de sentimiento filial" (Catálogo Homenaje al Día de la Madre, mayo, 1993).

Y, ¿cómo siente el público los trazos y pinceles de Cabrera Mayo? Se abre el libro de las exposiciones que hizo en estos últimos años. Varios lo instan a seguir y expresan su admiración: «Para mí es muy interesante la exposición, porque mediante estos cuadros que presenta revaloriza las costumbres de la "Madre Campesina", expresan otros. Algunos jóvenes dicen que "...Cabrera Mayo nos sorprende con su pintura, la combinación de colores..." Así, sucesivamente el libro de las exposiciones recoge diversas opiniones: pero todas, absolutamente todas le rinden un homenaje a su «pincel iluminado».

Estamos por terminar esta extensa conversación en una tarde cualquiera, al borde de las añoranzas. Cabrera Mayo se despide vuelve al calor y a las luces, con trazos serenos y firmes.

Hay serenidad, no dramatismo ni ingenuidad. Simplemente el campo y sus calles.

Sencillamente, con ustedes Florentino Cabrera Mayo, con espátulas y paleta en ristre para depositar en nuestras retinas sus recuerdos, esperanzas: para impactarnos con la magia de los caminos, los zorzales, las retamas para convencernos con la belleza y la dulzura de los quinales y trigales hecho rostro de mujer andina.

De Cabrera Mayo quedarán sus cuadros, apuntes, acuarelas y dibujos y no sólo como documentos, ni testimonios, sino como verdadera expresión de vida, pasión y amor.



## Letra libre de Nico

### Caballo de Fuego al galope

En la década del setenta, gracias a la iniciativa del escritor Félix Huamán Cabrera y el apoyo del doctor Manuel Baquerizo se publicaron dos únicos números de la revista literaria *Caballo de Fuego*, producto del esfuerzo colectivo de un grupo de estudiantes universitarios; el nombre ha sobrevivido entre nosotros con el eco de su infatigable galopar.

Posteriormente, nos enteramos de una propuesta interesante de la literatura chilena impulsada por el poeta y crítico Antonio de Undurraga, a través de otro *Caballo de Fuego* que galopó en la década del cuarenta. También, por extraña coincidencia, según el horóscopo chino, estamos en el año del caballo que suele abandonar pronto la casa solariega y emprender la vida de manera independiente, llevado por su afán de libertad y ansias de aventuras; y nuestro *Caballo de Fuego* deja los muros de la ciudad letrada, para emprender nuevos rumbos, recorriendo los caminos de la tinta y el electrón webs.

### Calurosos aplausos para Sandro Bossio

Con gran gozo y sana envidia, desde estas líneas queremos felicitar a Sandro Bossio Suárez, por el premio que ha obtenido, él es miembro del comité editorial *Caballo de Fuego*, su obra *El llanto de las tinieblas* obtuvo el Premio Nacional de Novela del Perú 2001, auspiciado por el Fondo Editorial del Banco Central de Reserva. En opinión de Luis Jaime Cisneros, presidente del jurado: "...se trata de una obra de impecable factura, que destaca por su ensamblaje, la ambientación histórica y la riqueza de su maravilloso repertorio léxico y costumbrista..." El logro alcanzado es un notable hito en la consolidación de aquello que ya vienen llamando "el renacer de la literatura peruana desde provincias" ya que, como se explica en la nota de prensa del Banco Central de Reserva: "Llamó profundamente la atención que, por primera vez en la historia de este concurso, un escritor del interior del país se coronara vencedor..." ¡Bravo por nuestro escritor! que ha regalado a nuestra ciudad letrada, un gran y merecido triunfo. Familiares, amigos y paisanos tenemos motivos suficientes para sentirnos orgullosos. ¡Honor al mérito!

### Pedimos disculpas al Dr. Guillermo Rochabrun

Lamentablemente en la última edición de "Ciudad Letrada N° 17, preparada por el Dr. Manuel Baquerizo en su lecho de muerte, y respetando estrictamente su voluntad, entre los trabajos se publicó el artículo "Voces y guitarra: Afirmación de las herencias multiculturales y pluriétnicas", en cuyos originales, el doctor Manuel Baquerizo había escrito "Rochabrun", por lo que supusimos era el apellido del

autor. Como entre los investigadores sociales hay una nueva tendencia a publicar artículos de carácter literario, imaginamos que su autor podría ser el Doctor Guillermo Rochabrun.

Evidentemente, incurrimos en un craso error, esto nos preocupa porque hasta el momento no sabemos la verdadera identidad del autor o autora de la nota. Esperamos esclarecer el incidente que causó cierto desasosiego entre nosotros. Es nuestro primer caso de un artículo que busca a su autor. *Errare humanum est.*

### También pedimos disculpas a María Rosa Salas

Gracias al gentil apoyo del doctor Rochabrun hemos podido identificar a la verdadera autora del artículo "Voces y guitarra: Afirmación de las herencias multiculturales y pluriétnicas", es María Rosa Salas, magíster en Antropología y musicóloga. Actualmente es profesora en la UNF Villarreal y hace poco presentó un disco compacto: "Arguedas, canto y herencia". Editado por la Pontificia Universidad Católica e Ikono prod. de Jesús Ruiz Durand. También a ella, nuestras públicas disculpas por haber incurrido en el error, y esperamos su bondadosa comprensión en este "enderezar entuertos".

### Un inolvidable Pueblo

Tendremos que "facturar" otras obras importantes, como la novela que acaba de publicar Ernesto Ramos Berrospi: *Un inolvidable pueblo*, de Circo editores, el autor, también huancayo, ha publicado *Cuentos amargos*, la pieza de teatro *¿Otra vez Andrés?* y la novela *Ilusiones perdidas*, uno de los primeros trabajos narrativos que describen los duros años de violencia política vividos en esta ciudad. El poeta Arturo Concepción dice del libro: "Un inolvidable Pueblo está poblado de hechos históricos trascendentales que alteraron la vida apacible de los centros mineros de la región..." El poeta obrero Víctor Ladera Prieto, notable miembro del grupo «Iro. de Mayo» acaba de publicar una plaqueta de poesía. "...Cuánto amor/ Se agita/ En la infinita tristeza/ Del hombre pobre./ Cuánto odio/ Germina/ En la poderosa sonrisa/ Del pobre hombre./ También tenemos noticias de que el dramaturgo Víctor Hugo Arana ha obtenido un importante premio, ya estaremos comentando próximamente... a propósito, la dramaturga María Teresa Zúñiga está en pleno trabajo preparando un Encuentro Nacional de Teatro en la ciudad de Huancayo, los informaremos... Asimismo, la galería café *Imaginarte* está promoviendo una interesante actividad artística en la ciudad, Yuri Tinoco expone sus esculturas fantásticas, alucinantes y audaces, mientras que Alain hace gala de dominio en sus "manga" o "comics".



Fernando Higa

Fernando Higa nos presentó instalaciones dinámicas, ensamblando luces, música, coreografía y cuerpos pintados en un impromptu de arte ensayo. El poeta Américo Acevedo acaba de publicar la revista *Voces de los Andes*, conmemorando los 110 años del nacimiento de nuestro vate universal, César Vallejo. Otra revista aparece en el escenario: *Letra Perpetua*, notable esfuerzo de Edson Aliaga, Nario Ríos y Víctor Vargas, quienes nos dicen: "...Es imprescindible conocer la identidad real de los pueblos y la creación literaria es una de las formas... Desde Cerro de Pasco nos envían la revista *Crisol de oro* de Filemón Sudario Remigio, hay un homenaje póstumo a Manuel Baquerizo, de David Eli Salazar, también escriben Andrés Cloud, Arlindo Luciano, Héctor de la Torre y Javier Rivera Echegaray; ojalá que el esfuerzo continúe.

### Concurso de literatura

Las muchachas de la Relat, la Red Latinoamericana de escritoras nos ha remitido las bases del concurso de Literatura Dedo Crítico, con el objetivo de publicar los textos de jóvenes escritores peruanos, nacidos a partir de 1970 que no tengan ningún libro publicado. Se puede participar en poesía o narrativa. Los textos deberán tener una extensión mínima de 30 caras y máxima de 60 y podrán presentarse hasta el día 30 de junio 2002. Se remitirán a la siguiente dirección postal: PRIMER CONCURSO DE LITERATURA DEDO CRÍTICO Área: (poesía o narrativa) Apartado Postal 11-018, Lima 11 Mayores informes: [dedo@amauta.rpp.net.pe](mailto:dedo@amauta.rpp.net.pe)

### Poetas por Palestina

La Relat también envía la convocatoria de «Poetas de América», ellos afirman que ante los hechos de guerra que ocurren contra el pueblo palestino, se debe manifestar solidaridad con las víctimas de la guerra. Solicitan a todos los poetas de América un poema para la Palestina. Serán puestos a disposición de sus lectores en la sección temario, bajo el título "Yo canto a Palestina". La sección será depositada, el 30 de diciembre del 2002, en la Biblioteca Nacional de Canadá, bajo el número ISBN: 1-894879-99-6, donde la versión digital quedará permanentemente a disposición de la comunidad internacional. Estas obras tendrán como objetivo trascender el discurso político y serán un testimonio de la comunidad literaria de América y una vergüenza de la humanidad. Escribir a [www.poetas.com](http://www.poetas.com)

#### COMITÉ EDITORIAL

Bossio Suárez, Sandro  
Matayoshi, Nicolás  
Montes de Oca, Abel  
Ocampo, Carolina  
Zorrilla, Zein

#### ARTE Y DISEÑO

Abel Montes de Oca P.

#### COLABORADORES

Flor de María Ayala  
Samuel Córdich (Huánuco)  
Sergio Castillo  
Gino Damas (Huánuco)  
Ana Espejo  
Luis Gallegos (Puno)  
César Gamarra  
Ghislaine Gazeau (Francia)  
Yasmin López Lenci (Alemania)  
Daniel Mathews (Lima)  
Héctor Meza (Tarma)  
Giovanna Minardi (Italia)  
Silvia Nagy-Zekmi (EE.UU.)  
Luis Pajuelo Pías (C. de Pasco)  
Rubén Sudario Remigio (C. de Pasco)  
Soto Sulca, Ricardo  
Rosina Valcárcel (Lima)

#### AUSPICIA

Centro de Capacitación  
«J.M. Arguedianos»

#### CORRESPONDENCIA

[ciudadletrada@latinmail.com](mailto:ciudadletrada@latinmail.com)  
[gemanica@terra.com.pe](mailto:gemanica@terra.com.pe)

#### EMPRESA EDITORA

EDIMUL S.A.  
Jr. Moquegua, N° 268, Telf. 211299  
Huancayo - Perú

#### Noticia de los autores

Victor M. Suárez S. (Huancayo, 1973), Ganador del concurso de cuento organizado por el Poder Judicial de Junín, 2001.  
Giovanna Minardi (Palermo, Italia, 1958) Profesora de Español. Doctorado en Literaturas ibéricas e iberoamericanas en la Universidad de Palermo, con tesis sobre «Teoría y técnica del cuento en Julio Ramón Ribeyro». Rosina Valcárcel, ver números anteriores de Ciudad Letrada.  
Juan Cristobal, Lima, 1941. Poeta, Premio Nacional de Poesía 1971, Mención Honrosa, premio Casa de las Américas, Cuba 1973.  
Gloria Mendoza Borda, ver números anteriores de Ciudad Letrada.  
Héctor Meza, ver números anteriores de Ciudad Letrada.  
Luis Gallegos, ver números anteriores de Ciudad Letrada.

#### Gráficos:

Cabrera Mayo, Florencio  
Higa, Fernando  
Tinoco, Yuri  
Alain

# Una Aproximación a la narrativa de Elena Garro

Giovanna Minardi

UNMSM - EC  
UDC

A escasos días de su muerte, acontecida en agosto de 1998, los intelectuales mexicanos afirmaban que Elena Garro había sido contradictoria y difícil, aunque siempre una original y gran escritora, además, en una suerte de homenaje postumo, era calificada de *enfant terrible* de la literatura mexicana contemporánea. En efecto, la náusea existencial de la autora, impregnada de supersticiones, paranoias persecutorias y obsesiones de violencia social, se traduce en un juego peligroso para las, casi siempre, mujeres protagonistas de sus obras, las cuales se ven abocadas al abandono, la soledad, el exilio y el engaño. La realidad ficcional de E. Garro se mezcla con un tipo de ficción grotesca, irracional e insólita que posibilita un estado de incertidumbre y desasosiego en el lector; estado próximo al provocado por la literatura fantástica, en el sentido que la denominan Todorov y Vax, entre otros. Sin olvidar que el propio Borges incluyó a Elena Garro entre los autores fantásticos de este siglo, notamos que esta se deja influenciar, notablemente, por las corrientes del pensamiento más en boga en los años sesenta. Así, el psicoanálisis, el surrealismo, el expresionismo y el realismo onírico son recursos y estrategias que le sirven para plasmar unas obsesiones de persecución social que tiene mucho que ver con su propia existencia.

Se pueden distinguir, *grosso modo*, dos grandes etapas en la producción literaria de E. Garro: antecedente su último y definitivo regreso a México, en 1993, después de una larguísima estancia en París. La primera, constituida por sus piezas teatrales (*Andarse por las ratas*, *Un hogar sólido* y *Los pilares de don Blanca*, que oscilan entre lo mágico y lo poético, aunque tengan como escenario la realidad cotidiana), sus cuentos de *La semana de colores* y su primera novela *Los recuerdos del porvenir*, representa la parte menos autobiográfica de su obra, aunque aparecen ya ciertos elementos característicos de su personalidad literaria. A partir de la publicación de *Andamos huyendo Lola* se produce una ruptura de su obra, ruptura que inaugura una sucesión precipitada y obsesiva de novelas que no son sino variantes de un mismo tema: la persecución como *modus vivendi* de sus personajes femeninos, como tema central de sus creaciones y como motor interno de su escritura. Incluyendo a *Andamos huyendo Lola*, este segundo momento de su obra está formado por: *Testimonios sobre Mariana*, *Reencuentro de personajes*, y *La casa junto al río*.

Aquí voy a analizar *Los recuerdos del porvenir*, *La semana de colores*, *Andamos huyendo Lola* y *Testimonios sobre Mariana*, intentando seguir unos hilos que creo fundamentales en el proceso creativo de nuestra escritora, eso es: el poder, el amor, la felicidad, la culpa, la responsabilidad.

El tema del poder es en la obra de E. Garro, un tema de interés y de preocupación que ejerce en la escritora una fascinación y una repulsión simultáneas que sus creaciones ordenan en una suerte de venganza simbólica. Un espíritu de rebelión recorre el mundo novelesco de E. Garro y la creación literaria es, para ella, una suerte de compensación o de corrección de una realidad -muchas veces la del poder- que no acaba nunca de aceptar y que repudia a través o gracias a sus ficciones. E. Garro se venga en su



literatura y por su literatura de una realidad histórica o personal frente a la cual sólo pudo oponer la fuerza de las palabras, el poder de la imaginación.

*Los recuerdos del porvenir* (1963) está narrada desde la voz colectiva de un pueblo, Itepec, que, al decir de Fabienne Bradu «es un microcosmos cerrado, emblemático de su memoria circular que lo va recreando en un tiempo basado en la premonición de su repetición, y tal vez paradigmático del México postrevolucionario. Itepec es un pueblo ocupado por el ejército de la revolución trancionada, que ha quedado en manos de la nueva casta en el poder: los militares despóticos y arribistas. Por lo tanto, Itepec no es solamente la representación de un pueblo cerrado sobre sí mismo por la peculiar concepción colectiva de Itepec, sino también de un mundo situado en el cual las únicas posibilidades de salvación se concretan en la llegada de un extranjero y en las distintas fugas de esa realidad asfixiante y opresiva».

Pero la invención en *Los recuerdos del porvenir* ya no corresponde al ciclo de la revolución mexicana ni aun en sus fases terminales. Estamos ante una fuga crítica donde el realismo se descompone líricamente para rechazar la Historia. Si Rulfo actúa contra una realidad mítica, Elena Garro lo hace contra una técnica que es al mismo tiempo una comprensión literaria del mundo: el realismo. El suyo, si lo hay, bien puede ser llamado mágico por comodidad. Pero la decisiva importancia de *Los recuerdos del porvenir* no sólo está en la aparición de un novelista brillante y astuto, que combina sin problemas el aliento trágico con el humor y la muerte con los juegos, sino en esa ruptura de la comunidad santificada del individuo con la Historia.

En Elena Garro no hay ideología; la historia aparece despojada de movimiento, la revolución mexicana y sus secuelas abatidas como referencia

histórica. El realismo es despojado de su historicidad y el tiempo de su devenir. Hay, a cambio, una mirada congelante, calidoscopio que descompone colores y materias, presentando una realidad singular cuyos límites son esféricos. Con *Los recuerdos del porvenir* el realismo postrevolucionario queda rebasado. La historia deja de ser un nudo para convertirse en una ilusión en el espejo. De la descomposición antihistórica del realismo a la persecución ontológica, Elena Garro brinda uno de los procesos más alucinatorios de la narrativa mexicana del siglo XX, y casi todas sus novelas son historias de mujeres perseguidas por fuerzas incontrolables. Ella confía en que el porvenir es la repetición del pasado, como nos dice el propio título ambiguo de la obra, y en sus ficciones se sigue el dictado nietzscheano de pensar junto al abismo.

*Los recuerdos del porvenir* representa un callejón sin salida. Las mujeres no entran en la historia, sólo en el romance: o son leyendas como Julia, el inalcanzable fantasma del deseo varonil, o, como Isabel, son sustitutas demasiado varoniles que se dejan seducir por el poder, aunque no son objetos de deseo. Estas mujeres no le restan poder interpretativo a los años y la posteridad no las conmemora, salvo como traidoras a la comunidad que está ligada para siempre mediante los recuerdos y el discurso. La traición de Isabel queda inscrita en una piedra, mientras que Julia sigue viviendo como leyenda: eso sólo recalca el hecho de que las dos mujeres están marginadas de la historia.

El libro *La semana de colores* (1964) es un texto hecho de magia, de imaginación de vuelo imposible, en donde se describen transformaciones milagrosas, se inventa y reconstruye un tiempo signado por la felicidad, la plenitud, el derroche. Aquí E. Garro parece combatir la angustia de perder la infancia. En la entrevista que le hace

Emanuel Carballo, a la pregunta si ella cree en la felicidad, la respuesta brota tajante: «Sí, porque me acuerdo que la practiqué en la infancia». Y como buena constructora de mitos, afirma que para ella «el tiempo se detuvo en una fecha lejana» (*ibid*). Elena quiere rescatar trozos de su pasado en un momento de su vida adulta que ella ha denominado como de «No persona», herida por el poder de la impotencia. Así que, en el corazón de *La semana de colores*, decide dejar oculto, como en uno de sus ya míticos bailes, el secreto de su infancia elaborado literariamente. En cinco de los cuentos: *La semana de colores*, *El día que fuimos perros*, *Antes de la guerra de Troya*, *El robo de Tixtla*, *El duende*, antecedidos por tres cuentos y seguidos por otros tres, simétricamente, E. Garro realiza una especie de novela corta, con una extensión de la mitad del texto, dentro de un conjunto de cuentos. Una labor similar a la que se puede poner de manifiesto en *Andamos huyendo Lola*. Cada cuento conserva su unidad, pero las líneas temáticas repetitivas, la presencia de los mismos personajes o de personajes concatenantes y la conservación de una atmósfera parecida, hacen pensar al lector que se enfrenta a una estructura más cercana a la novela, o bien que los límites genérico-literarios son puestos a prueba por nuestra escritora.

En los cinco cuentos mencionados, el elemento que se repite es la infancia de dos personajes niñas: Eva y Leli. La acción se desarrolla en el espacio de Tixtla, «una pequeña ciudad situada al sur de la República de México». El ambiente resulta provinciano y hace calor. Se ofrece un movimiento entre la casa-jardín y las afueras del pueblo. Los cinco cuentos no se encuentran ligados por vínculos temporales. Entre ellos no aparecen un antes y un después. Ningún evento remite a los otros. Cada cuento conserva su independencia.

Podría afirmarse que se trata de una novela de aprendizaje, en la que las niñas viajan por los intersticios del jardín paterno, se llevan a cabo algunas aventuras, para finalizar en el conocimiento que representa la pérdida de la inocencia: Eva ya no cree en Leli, y ésta desconfió de Eva. Ambas han iniciado al «ascenso» a la edad de la razón mediante el miedo, la violencia y el desengaño, pero no todo se ha perdido, ya que el relato culmina con el triunfo de la fantasía. La hermana más pequeña rescata los valores de la imaginación, se convierte en la única depositaria de la magia.

En el cuento *La semana de colores* partimos de una imagen similar que se bifurca: don Flor, una especie de «guru-padrote», golpea a las mujeres-días, en tanto que Candelaria golpea las sábanas mientras lava. El mundo se divide en dos. Por una parte, tenemos el universo donde rige la ley patriarcal, es el ámbito del padre de Eva y Leli. En la casa impera el orden. Los días se suceden en el orden acostumbrado: «Hay un orden, y los días son una parte de ese orden», dice el padre, que se duplica en la imagen del rey Felipe II en un retrato.

En el orden de la casa se produce una ruptura por miedo de la palabra; las criadas, Candelaria y Tefa, se escapan de la congruencia y murmuran. Entonces, Eva se hace partícipe de las conversaciones de las mujeres, y, junto